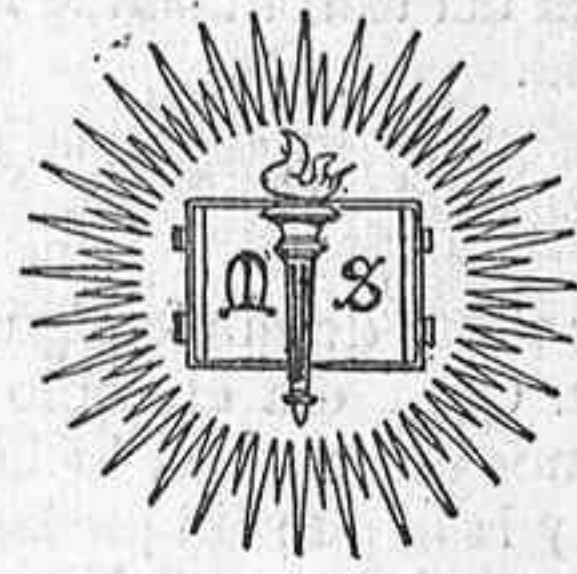


La Ilustración

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Artística

Año XIII

BARCELONA 5 DE MARZO DE 1894

Núm. 636

Muy próximamente repartiremos el tercero y último tomo de **NERÓN**, que corresponde á la serie del año 1893 y que no hemos repartido antes por causas ajenas á nuestra voluntad. - Con el próximo número repartiremos el tomo segundo de la obra **TRADICIONES PERUANAS**, respecto del cual nuestros corresponsales tendrán presentes las observaciones que consignamos en el prospecto de 1894 para los suscriptores que lo fueran desde 1.º de enero del presente año.

Está imprimiéndose, para repartirse oportunamente, la hermosa obra de Zorrilla **ECOS DE LAS MONTAÑAS**.



CANTE Y MANZANILLA
pandereta pintada por José Gamelo

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *D. Francisco Asenjo Barbieri*, por A. — *Diálogos matritenses. El Parque de Madrid*, por A. Danvila Jaldero. — *Quitáñez*, por P. Gómez Candela. — *La distribución del frío en América*, por X. — *Nuestros grabados. Miscelánea. Hechizo peligroso* (continuación). — Libros recibidos.

Grabados. — *Cante y manzanilla*, pandereta pintada por José Garnelo. — *D. Francisco Asenjo Barbieri. Un episodio del año 1835*, cuadro de Luis Buxó. — *El pueblo de Amberes arrastrando la estatua del duque de Alba*, cuadro de C. Verlat. — *El Campiello*, cuadro de R. Madrazo. — *El cuento de la abuela*, cuadro de Gysis. — *Lectura alegre*, cuadro de F. Andreotti. — *La tarde en el bosque*, cuadro de Mme. Dora Hetz. — *Virgo clemens*, cuadro de José M.^a Tamburini. — Dos dibujos al lápiz, por Román Ribera. — *La Ristori en el papel de María Stuardo*. — *La Rachel en el papel de Fedra*. — *El tigre real*, cuadro de A. Heise.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El terror en Europa. — Los anarquistas. — Cambios económicos y sociales á virtud de los descubrimientos científicos. — Necesidad de no alarmarse. — Tristezas. — Muertes. — Arrieta. — Barbieri. — Recuerdos. — Caracteres de las sendas obras místicas de ambos autores. — Observaciones. — Conclusión.

I

No podríamos, aunque deliberadamente nos lo propusiéramos, apartar la idea del movimiento anarquista. Este volcán, hirviendo bajo nuestros pies hoy, presta con sus resuellos y con sus erupciones al suelo social oscilaciones de terremoto. Los antiguos ofrecieron en la fábula de Anteo un símbolo de las fuerzas múltiples adquiridas por los humanos, cuando ponen el pie sobre su base de sustentación mecánica y se nutren de la madre tierra que diluye jugos vitales en sus venas y presta vivificadores átomos, por medios químicos, á los huesos y á las fibras. Así, cuando falta bajo los pies la tierra, el pecho se ahoga y se desvanece la cabeza. Pues con este recelo universal á que un explosivo, especie de nube sólida cargada de aniquiladores bolidos, os sobrecoja y asalte, vivís ahora en la sociedad, faltándoos por completo el suelo social, sobre cuya solidez poníais antes el hogar de vuestras familias y el sepulcro de vuestros muertos. Como consecuencia de tal estado, el terror colectivo que hoy reina, muy semejante á una epilepsia social. Por consecuencia de tal terror, las leyes represivas generadoras de una espantosa reacción. Por consecuencia de esta reacción, un alto en el desarrollo de los derechos y de las libertades, que aparecen, al cabo, como los únicos medios de que disponemos para conjurar errores de cuyo virus corrosivo se originan y proceden tan horribles crímenes. No hay que caer en vulgaridades como la leída por mí estos días en los maravillosos capítulos de Renán, delineándonos la si nuestra figura del rey Herodes; no hay que confundir los cristianos de la sociedad antigua con los anarquistas de la sociedad contemporánea. Existen sectas racionales y progresivas y reformadoras, las cuales combaten los poderes é instituciones de su tiempo, mas oponiéndoles un ideal concreto, y en este ideal alimentando una verdadera esperanza. Como hubo algo bueno y hasta óptimo con que contrastar un imperio y un emperador tan perversos como Nerón, por fuerza escribió un San Juan iluminado el *Apolipsis* espiritual de aquella Roma, torpe Babilonia, ebria de sangre cristiana, con la cual han yacido los déspotas del mundo y contra la cual vienen armados de cometas exterminadores los ángeles del cielo. Pero el anarquismo aparece como una negación, exenta por completo de las correlativas afirmaciones. Así es una sima sin fondo, y así aparecen estos malvados como aquellas legiones de feroces demonios, con que soñaban los místicos y los penitentes y los ascetas en sus visiones religiosas. Y lo que más agrava su aparición siniestra es la copia de medios múltiples, á cual más horroroso, que para la perpetración de sus atentados les ofrece una serie de inventos químicos, á cuya virtud hemos abierto como las hojas de un libro los terrenos del planeta, y agujereándolos, impedido por el centro de los Alpes las comunicativas locomotoras. Cuando piensa uno que no hay invento al cual dejara de prestársele, allá en los días de la invención, un alcance tan extraordinario que se creyó con el aguardiente haber eternizado la vida y con la electricidad transparentado los cuerpos, no puede maravillarnos de que lleguen á imaginar cuatro demones cosa posible y haciera destruir el mundo social con la terrible dinamita. Todo esto sólo muestra que podemos disminuir la cantidad de mal existente desde sus comienzos hasta su fin en la creación, y

que, á la manera de las plantas y de las especies, de todo cuanto vive, las sociedades se hallan sujetas de suyo á enfermedades, que no deben ser disminuídas por nuestra indiferencia, pero tampoco aumentadas por nuestro miedo. No hay, pues, que alarmarse, y llevar la gravedad del terror allende la gravedad del daño. Esto pasará.

II

Si mi ánimo no está de modo alguno aterrado, mi ánimo está triste. Cada día el soplo glacial, que se alza de los abismos del tiempo, hiela un alma en el árbol de la vida y la hunde sin piedad en los senos tristes y oscuros de la muerte. Nunca la he temido y agüárdola en Dios y en conciencia, cuando me la envíen los cielos, con toda tranquilidad; pero me apena mucho la muerte de los seres amados, pues las raíces de nuestro cuerpo y las ideas de nuestras almas con tantos corazones amados y tantas inteligencias varias suelen entrelazarse y confundirse, que cuando se desarraigan del tiempo y del espacio algunas vidas caras, parece que malhieren una de vuestras entrañas y que vamos todos muriendo con nuestros muertos y encerrándonos en sus negros ataúdes. Dos artistas de igual estirpe y carácter han muerto estos días: uno Arrieta, otro Barbieri. No conozco género alguno de igual expresión para los sentimientos colectivos como la música popular. Todo el idilio de la vida gallega se contiene y encierra en su muñeira. Todos aquellos aires populares de Galicia parecen como el roce de la compañía, del espíritu sin cuerpo, en vuestra frente, cuando la ermiteja de lo alto, á la noche oscura, tañe su toque de ánimas. Como el dialecto aquel, tan dulce y triste, parece destinado á las morriñas del cariño y á las añoranzas del destierro, la música, por su parte, parece destinada en sus cadencias melodiosas al amor íntimo dentro de la casa humilde, á cuyos alrededores el roble llueve su polen áureo, el castaño luce sus verdes zurriones, el maíz ostenta las sedosísimas panojas, cobijando bajo sus gratas sombras las covadas de polluelos que pían y los corros de niños que ríen á una en competencia con los pájaros, vívidos todos al impulso del primer sentimiento entre los sentimientos gallegos, el amor de la tierra y de la familia. Ya no tienen ese carácter melancólico y ese dejo melodioso los cantares vascos. En el zorrico se oye una danza que reúne á lo pastoril y suave lo guerrero y valeroso. El himno de Iparraguirre se asemeja de suyo al Coral de Lutero y á la Marsellesa de Francia, recordándoos cómo del árbol de Guernica se cortan por los vascos lanzas como las del Regio contra Roma, y en el suelo sacro de Vasconia se forja el hierro que aquellas aguas templan y aquellas piedras afilan para chuzos, con cuyos golpes defender la libertad histórica y la sacra patria. Más alegría, más movimiento, más entusiasmo jovial y gozoso, mayor carácter colectivo, mayor difusión de risueñas esperanzas en esas jotas aragonesas, á cuyos ecos aquel territorio se nos aparece como el núcleo de la nacionalidad, en cuyo cielo brilla, lucero sin sombra, la Virgen del Pilar, y en cuyo suelo, altar sin segundo, el holocausto tan de grado á la independencia patria ofrecido por la heroica y mártir Zaragoza. Mucho de los coros helenos aquellos coros catalanes de trabajadores, quienes oxigenan los aires con sus robustas voces, después de haber fecundado la tierra con sus esfuerzos; y mucho de los serventesios provenzales en aquellas sardanas de tan vario ritmo, compañeras de tan juguetones balanceos. Y no hablemos de los cantares andaluces, aromados por el mirto y por el azahar, vibrantes como las palmas de Córdoba y Sevilla, sumando á las odas arias las melopeas semíticas, tan sostenidos y largos como las brisas mediterráneas al besar las playas de áureas arenas, henchidas por corales y perlas, donde la ola celeste, jaspeadísima por los reverbeos del éter, muere, y tan profundamente humanos, que desde Mozart hasta Rossini, como desde Rossini hasta Schubert, como desde Schubert hasta Wagner han tenido los grandes maestros que tomar sus serenatas y sus jurlas como el arte por excelencia expresivo de las esperanzas y las tristezas del amor. Nuestra música popular sólo puede compararse, por lo bella en sí, por lo íntimamente ligada y unida con el alma de nuestra patria, por lo varia en sus notas psíquicas que apenas pueden cogerse y fijarse, á la genial pintura que tanto nos enaltece, al Romancero y el Teatro Nacional que nos han inmortalizado en los anales del mundo, á la elocuencia en que nuestro verbo interior se revela y encarna y en que desborda nuestra alma nacional con sus inspiraciones sin límites y con sus ideas sin tasa. Ufanémonos de ello, pues quien allá en su egoísmo no siente y ama las glorias españolas, desmerece del primero de nuestros

títulos, del privilegio inapreciable de haber nacido en esta España, nuestra madre imperecedera y santísima.

III

Dos grandes maestros del arte músico nacional, como antes he dicho, han muerto: Arrieta y Barbieri. Vecino mío éste luengos años y aquél muy de mi amistad, con uno y otro he conservado las relaciones íntimas y el trato frecuente que permiten una capital de tantas complicaciones como nuestro Madrid y una vida tan embargada por el trabajo como nuestra vida. El maestro Arrieta; gran técnico, daba carácter á su magistral música un poco abstracto, inspirándose con muy reflexiva conciencia en los grandes modelos, á quienes de continuo estudiaba, sin perder su intrínseca originalidad, ventaja muy difícil en arte, donde la imitación de melodías antiguas y hasta la copia misma son de suyo tan tentadoras que casi están permitidas ó toleradas por el uso. Hay en la música de Arrieta el feliz consorcio de fuerza y de dulzura que había en su complexión y temperamento. Aquel robusto navarro juntaba con las energías recibidas de su cuna flexibilidad tan maravillosa que lo creeríais un florentino del Renacimiento en su finura y en su delicadeza. Así, aunque no dejaba su música de trascender al penetrante aroma de las encinas del Roncesvalles, balanceábase melancólica y tierna en la caleta de Málaga, en los canaletos de Venecia, en el estrecho de Cádiz, en la bahía de Parténope. Yo recuerdo una clara noche de apartado estío en que la mar de Benidorm brillaba como apretadísimo espejo, retratando las costas y las montañas encendidas por arbores del crepúsculo de la tarde y los cielos perlados por los tintes de ópalo rosáceos del crepúsculo de la mañana, y como unos amigos míos cantaran desde apartados barquichuelos coros del *Grumete* y arias de *Marina*, parecían los compases aquellos música compuesta por todo cuanto nos rodeaba en el celestial Mediterráneo. Habrá escrito en Santurce Arrieta su *Grumete* y su *Marina*; parecen inspiradas en Benidorm y en Marbella. Más del terruño nacional Barbieri. Erudito, muy erudito, el pueblo, y con especialidad el pueblo de Madrid, le inspiraba. Tomaríaíslo por un Mesonero Romanos lírico. Barbieri completa en su arte á Goya y á Cruz. Las zarzuelas suyas únicamente pueden compararse á los sainetes tan animados de éste y á los lienzos tan vívidos de aquél. Cuando le oís pasan á vuestros ojos las parejas de majas y majos finos con sus huelgas en el manantial de la Vega ó en los prados de Migas Calientes; las ferias de Madrid, frecuentadas por señoras vestidas del guardapiés recamado con áureas lentejuelas y tocadas con las mantillas de blanca blonda, que van oyendo los requiebros del caballero empolvado y perfumadísimo, quien luce sus chupas de brocado, sus casacones de tisúes, sus dos relojes de oro con sus leontinas de acero tan deslumbradoras como brillantes; las corridas de toros en que mata Costillares con arte perfecto y rejonea Romero en su brioso caballo; los corrales donde se ponen las comedias al uso, y las gradas de San Felipe donde murmuran los covachuelistas y los petimetres en candelero; la vida de aquella generación que parecía destinada sólo á divertirse con estruendo en las fiestas orgiásticas del tiempo de María Luisa, y que luego sonó, á lo Tirteo, la épica trompa de Quintana, y enseñó á todos los pueblos, desde los muros de Cádiz y Gerona, cómo se pelea y cómo se muere por la libertad y por la patria.

DON FRANCISCO ASENJO BARBIERI

Con pocos días de intervalo han fallecido los dos ilustres maestros á quienes se debe sin duda alguna el engrandecimiento y el desarrollo de la zarzuela española: Arrieta y Barbieri. No es este el momento oportuno de entrar en comparaciones acerca del mérito de cada uno de ellos, ni estamos en condiciones de hacer el trabajo crítico que para ello sería necesario: nuestro propósito es únicamente consignar algunos datos biográficos del compositor á quien con razón ha llamado un celebrado escritor el Goya de la música.

D. Francisco Asenjo Barbieri nació en Madrid el día 3 de agosto de 1823, y después de haber cursado con gran aprovechamiento la primera y segunda enseñanza, escogió primero la carrera de Medicina, que hubo de dejar muy pronto, no por falta de capacidad, sino por repugnancia, y después la de ingeniero, que abandonó para consagrarse exclusivamente á la música.

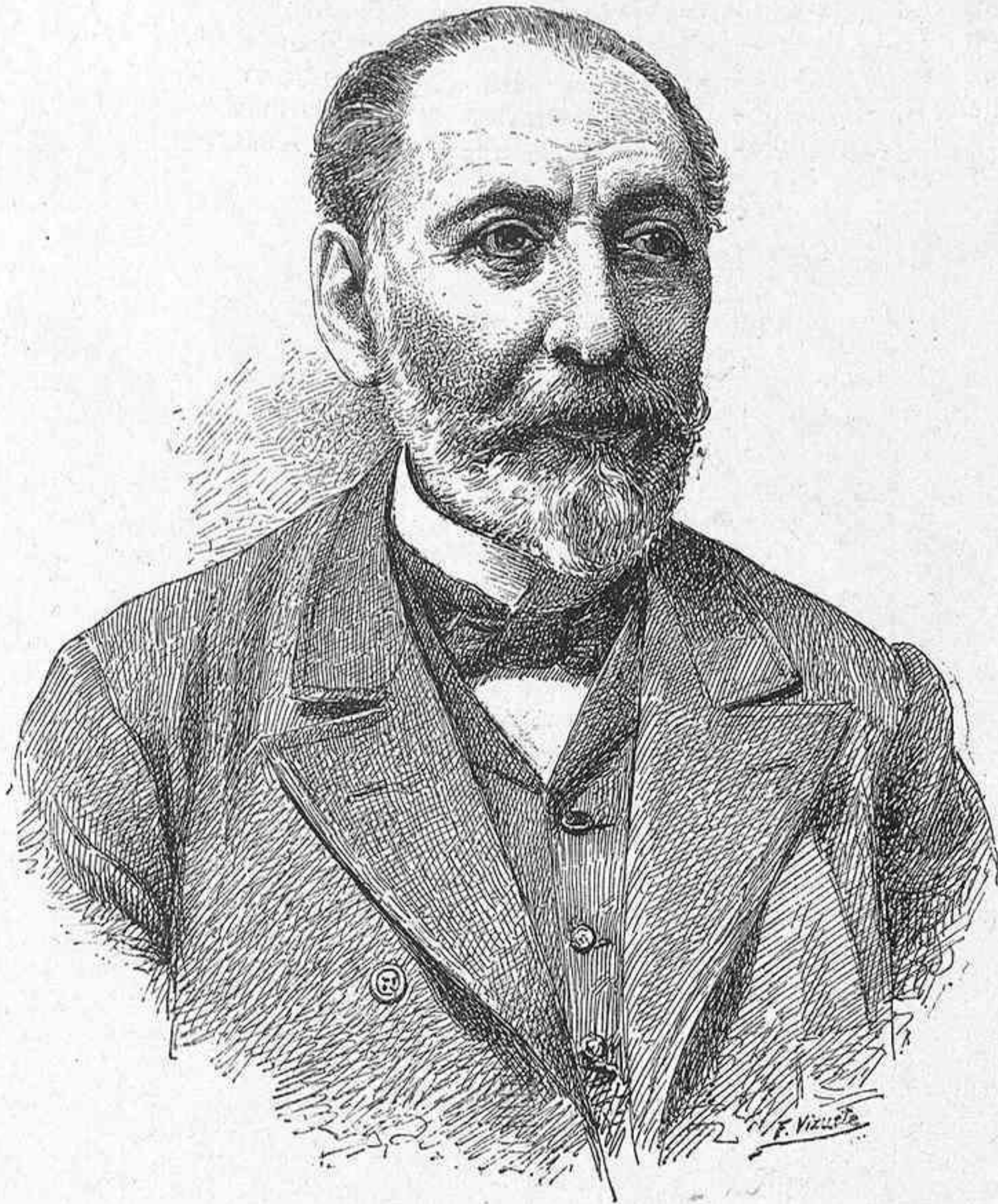
Catorce años tenía cuando entró en el conservatorio de María Cristina, hoy de Música y Declama-

ción; su pasión por el arte musical, su inteligencia, su aplicación y su buen deseo hicieronle realizar verdaderos milagros en el estudio del clarinete, del piano y del canto: tres años después comenzó a estudiar, composición recibiendo lecciones del insigne maestro Carnicer, que fué desde entonces y durante su vida amigo cariñoso de su discípulo.

Muerto su padre y habiendo su madre contraído segundas nupcias y marchado con su nuevo esposo á Lucena, Barbieri se encontró á los diez y ocho años en Madrid completamente solo y reducido á sus propios recursos. Entonces comienza para él una existencia accidentada y llena de privaciones: fué músico de un batallón de milicia, de murga, de teatro casero y de bailes particulares; copió música, dió lecciones de piano, compuso canciones y romanzas, fué corista, apuntador, maestro de coros, y estando en Pamplona encargóse una noche repentinamente, por indisposición del artista que debía desempeñar, del papel de D. Basilio en la ópera *El barbero de Sevilla*, que cantó con aplauso. Este período azaroso de la vida del maestro terminó cuando después de haber sido en Salamanca maestro de música de la *Escuela de nobles y bellas artes de San Eloy* y del *Liceo Salmantino* establecióse en 1846 definitivamente en Madrid.

Cuatro años después compuso dos zarzuelas, *Gloria y Peluca* y *Tramoya*, que alcanzaron gran éxito y que en pocos días hicieron popular su nombre. Al año siguiente vino á poner el sello á la reputación y á la popularidad naciente de Barbieri su famosa obra *Jugar con fuego*, de corte casi italiano, cuya música preciosa será siempre oída con embeleso.

Muchas son las zarzuelas que compuso Barbieri, todas aplaudidas con entusiasmo, todas popularizadas apenas puestas en escena: *Los diamantes de la corona*, aun hoy una de las predilectas del público aficionado al género; *Pan y toros*, en concepto de críticos autorizados la página más brillante de la historia artística de su autor, y cuyo famoso pasacalle



D. Francisco Asenjo Barbieri, † en 19 de febrero de 1894

puede decirse que comparte con el de otra zarzuela también muy popular la exclusiva de servir de acompañamiento al paso de la cuadrilla en las corridas taurinas; *El barberillo de Lavapiés*, una de las que más rápidamente y por más tiempo ganaron las auras de la popularidad; *El tributo de las cien doncellas*, *Los comediantes de antaño*, *Robinson*, *Artistas para la Habana*, *El hombre es débil* y muchas más hasta el número de setenta, son brillantes testimonios de la fecundidad é inspiración del maestro.

Barbieri, además de gran compositor, fué notabilísimo director de orquesta: él fué quien introdujo en Madrid los conciertos al aire libre y la afición á la música clásica, el que fundó y organizó la Sociedad de Conciertos que tantos lauros ha conquistado y sigue conquistando, el que popularizó muchas de las piezas que hoy forman parte del repertorio de dicha sociedad y que han sido siempre escuchadas con arrobamiento y aplaudidas con entusiasmo por todos los públicos.

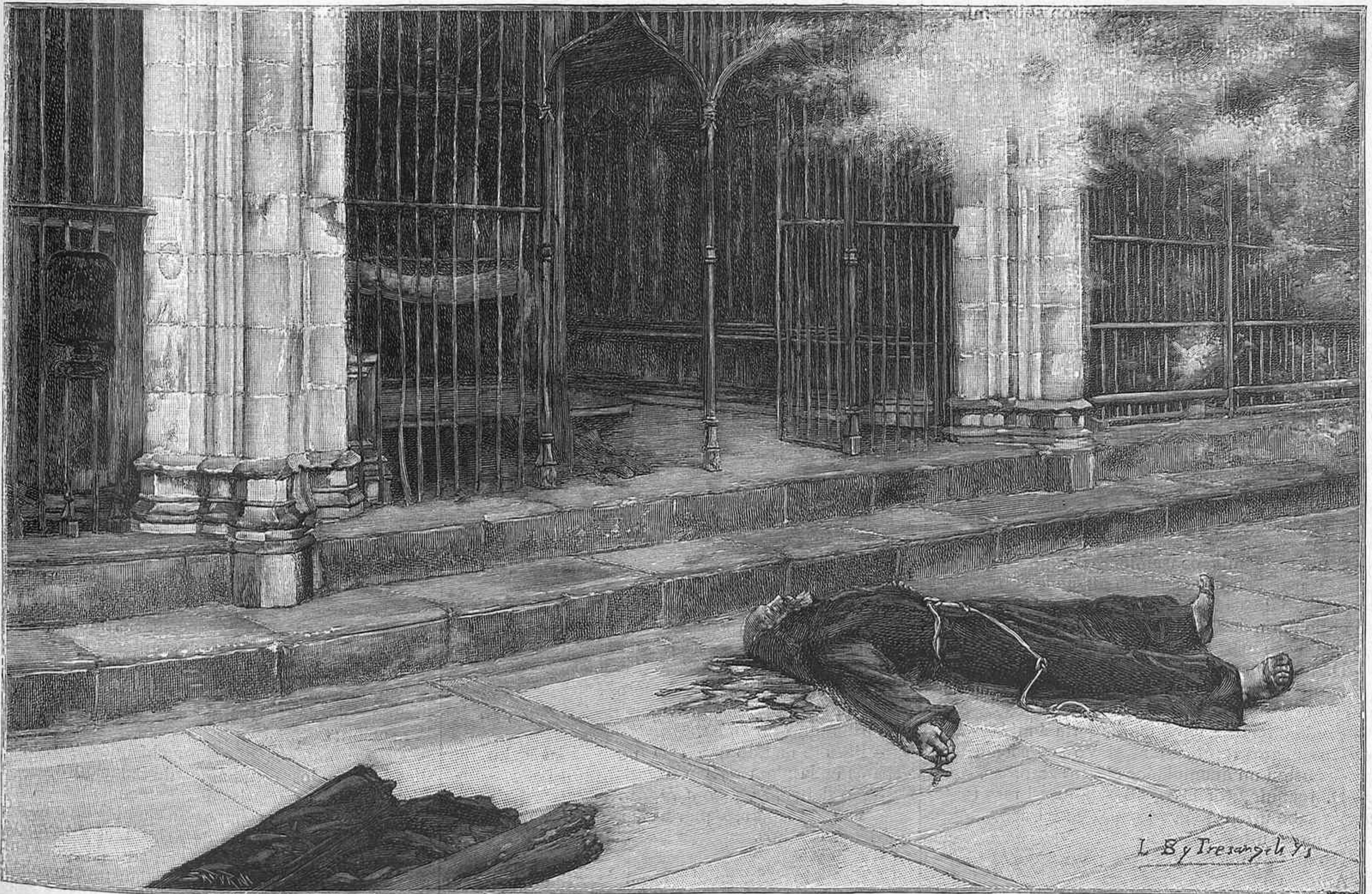
Fué también Barbieri literato, hablista y bibliófilo, y sintió verdadera pasión por las bibliotecas y archivos, cuyos rincones había escudriñado descubriendo en ellos verdaderos tesoros artísticos y literarios. Sabía de memoria todos los cantos populares españoles antiguos y modernos, y así sus producciones llevan marcado siempre el sello de nuestra música nacional, de esa música alegre, chispeante que algunos sin razón desdeñan, prefiriendo la de importación extranjera, y que los extranjeros admiran y aun á veces pretenden imitar.

Por Cataluña y por su música sentía admiración sincera, y en su conversación, siempre amenísima, y en sus cartas á sus amigos de nuestra tierra, todas interesantes, solía intercalar frases y modismos catalanes.

A pesar de su avanzada edad, sus alientos no decaían y la muerte le ha sorprendido componiendo la música para una nueva zarzuela que estaba escribiendo Liern con el título de *El bolero afligido*, que había de ser una como continuación de *Artistas para la Habana*.

Barbieri era individuo de número de las reales academias Española y de Bellas Artes de San Fernando, estaba condecorado con varias cruces y era miembro de varias sociedades artísticas nacionales y extranjeras.

Su nombre, unido á tantas maravillas musicales, será siempre pronunciado en España con cariñoso entusiasmo y en todas partes con respeto y admiración, y ocupará un puesto de honor en la historia de nuestro arte patrio, de la música genuinamente española. — A.



UN EPISODIO DEL AÑO 1835, cuadro de Luis Buxó (Salón Parés)

DIÁLOGOS MATRITENSES

EL PARQUE DE MADRID

- Recógete el manto, qué va rozando el suelo y se llena de polvo.

- No se puede ir contigo ni a la gloria. Desde que hemos salido de casa no has hecho otra cosa que regañar y hacerme advertencias sobre el traje. Prefiero no salir a la calle en un año.

- Porque me fastidian todas esas monadas de lutos y pamplinas.

- Cualquiera diría que no sientes la muerte de nuestro querido pariente, que después de todo nos ha dejado herederos y hay que llorarle.

- Y si no nos hubiera dejado herederos, ¿llevaríamos mucho luto?

- Déjate de filosofías. ¿Quieres que subamos a la *Montaña rusa*?

- Vamos adonde quieras. Cuando voy de bagaje, tanto me da subir como bajar.

- ¡Mira, mira, Filemón, qué buena vista! ¡Como está esto tan alto!..

- Vaya... lo menos diez metros sobre el nivel del estanque grande.

- Pero, ¡Jesús, cuánto se ha edificado en poco tiempo! Los alrededores de la plaza de Toros están desconocidos. Mira qué hotelitos tan monos están construyendo ahí a la derecha. Oye, ahora que estamos en fondos podíamos comprar uno con jardincillo. Así, cuando hiciera buen tiempo podríamos convidar a los amigos, sacar un piano, y...

- Sí, y bailar a la memoria de ese buen señor cuya muerte lamentamos.

* * *

- ¡Hola, hola, D. Melchor! Aquí en el Parterre tomando el sol.

- Sí, amigo D. Baltasar; hace un gris tan finito que da gusto estar en esta solanita. Pero ¿qué es eso? ¿Lleva usted el brazo en cabestrillo?

- Este es el fruto que he sacado de una comisión de apremio que después de siete meses de gestiones he logrado por influencia del protector de mi sobriñilla.

- ¡Truenos y rayos! ¿Y es que se ha caído usted del caballo?

- No, señor; sino que al cabo de dos días de marcha por esos mundos de Dios, me presenté en Barbarota, y apenas abrí la boca y me dí a conocer como delegado de la autoridad, cuando el alcalde y todo el ayuntamiento en pleno cayeron sobre mí, garrote en mano, y ya ve usted, un brazo dislocado y dos descalabraduras en la cabeza. Esto es un país sin civilizar. Estoy seguro que en el Africa central tratan mejor a los comisionados del gobierno.

- Vamos, no se sofoque usted; en todas partes cuecen habas.

- Sí, a usted, como está chupando, todo le parece bueno y santo. Es tan descansado eso de salir de la oficina y venirse a paseo al Retiro... Pero calle usted, que más largo es el tiempo que la fortuna. ¡Ah, si viviera mi general! De seguro que al alcalde de Barbarota le mandaba fusilar. En Játiva, el año 41, a un teniente de mi compañía le hizo dar veinte palos por cantar coplas masónicas. Aquello eran autoridades y no las camándulas de hoy en día.

- Mire usted, mire qué morenilla tan graciosa. Joven, ¿es de usted ese niño tan mono?

- ¡Hombre! Déjese usted de cuchufletas, que usted no está ya para esos belenes.

- Estamos hechos dos carcamales; pero la vista siempre es joven, y al buen músico..., ya sabe usted lo demás.

* * *

- Señora de mis pensamientos, ¡qué suerte encontrar a usted en esta sombría alameda, tan poética y tan solitaria! Cuando la veo a usted, mi corazón parece el polvorín de Carabanchel. Esa cara, esos ojos, esa boca, todo me recuerda a la Minerva de Fidiás.

- D. Joaquín, por Dios, no se entusiasme usted tanto. Allí, bajo los plátanos, hay un señor eclesiástico que nos mira.

- Viuda adorable, ¿qué me importa a mí la teocracia y sus negros representantes? Yo soy socialista, y luego es usted un acumulador electro-amoroso.

- D. Joaquín, por Dios, no diga usted más tontorías. Ya sabe usted que se le mira con buenos ojos.

- ¡Conque usted me ama!

- Hombre, yo no digo tanto, pero...

- Antonia mía, ¿acepta usted un chocolate con mojicón que mi afecto le ofrece en el próximo *Lactante Club*?

- Si usted se empeña..., por no hacerle un desaire.

- Sí, vámonos: el olor de las flores me transtorna; la vista de ese eclesiástico me entristece, y sobre todo, que aún no me he desayunado.

- ¡Ah! Pues entonces apresurémonos, porque yo también me he venido sin tomar nada, creyendo que...

- (No faltaría un primo como yo que pagase el pato.)

* * *

- ¡Qué hermosas son estas arboledas del Parque!

- Un poco solitarias; pero comparadas con los claustros de la Universidad, me parecen un paraíso.

- La verdad es que las explicaciones de nuestro profesor son capaces de aburrir a un santo.

- Yo la mayor parte de los días no voy.

- Y ¿qué te haces por las mañanas?

- Me he buscado una novia al final de la calle Ancha y pasamos el rato charlando.

- Y los cuadernos de clase, ¿quién te los escribe?

- ¡Toma! Ya me los prestará mi primo Perico; es un buen chico, medio tonto, que siempre está estudiando y saca muy buenos apuntes.

- Hombre, ya me los dejarás a mí cuando los copies; porque habiendo uno que tome apuntes, ¿me quieres decir qué pito tocamos los demás allí sentados cuando están tan deliciosos estos paseos?

- Chico, Eduardo, aprieta el paso, que se ha escapado una fiera.

- ¡Una fiera!

- Sí, sí, allí está sentada tomando el sol.

- ¿En dónde?

- Allí, cerca del *Estanque de las campanillas*.

- Hombre, déjate de guasas.

- No es guasa, corramos.

- Pero... ¿quién es?

- Quién ha de ser, D. Judas..., el prestamista de la calle de las Beatas.

- ¡Maldito usurero!

- Mira, ya se levanta. Nos ha visto, y nos ha conocido, que es lo peor.

- Huyamos y separémonos, así no podrá atraparnos.

- Ya nos veremos en Fornos. Corramos y sálvese el que pueda.

* * *

- Papá, vamos a la Casa de Fieras a ver los monitos.

- Qué pesada estás, chiquilla, con los monitos. De seguro que les llevarás un terroncito de azúcar.

- Vaya; como que anoche cuando fuimos al café lo primero que hice fué coger de tu platillo dos terrones de los más gordos.

- ¡Demonio! Ya decía yo que el café estaba poco dulce. Mire usted que es idea; pero, en fin, estas chicas todas son así.

- Pero, papá, si son tan gratos los monos; hacen unas cosas que parecen hombres pequeñitos.

- ¡Oh, mundo, mundo! Los monos les gustan a las mujeres porque se parecen a los hombres, y los hombres les gustan porque hacen monadas. Y lo peor del caso es... que el azúcar lo sisan del café del padre.

* * *

- Prenda, en cuanto cumpla con el rey cumplo contigo.

- ¡Otra! *Tvos* dicen lo mismo y aluego...

- Esos serán *lipéndis* de poca *calidá*, pero nosotros los artilleros somos muy formales. En mi batería había un *gachó* que tenía querencia a una *barbiana* de esta tierra y en Cuba lo mataron en una acción; pues bueno, a pesar de todo, *golvió* a casa de la novia.

- ¡Quia!

- Vaya, *golvió* en clase de *pantasma* a pedir dinero *pa* salir del infierno.

- ¡Otra! ¿*Pus* qué se ha creído usted que soy de Belén? *Pus* soy de Ricla.

- ¡Ricla! Eso debe ser el moro.

- No, señor, que es provincia de Zaragoza, *pa* lo que usted guste mandar.

- Pues te mando que esta noche a las ocho me esperes en la plaza de San Marcial, junto a la *iuente*.

- No debía *dir*, pero a la *fin*...

- Ven, que si no, te pierdes una proporción que ya quisieran muchos.

- ¿Cuál?

- La de ingresar en el cuerpo de artillería.

* * *

- Rema, rema, Anacleto, que vamos a naufragar.

- No seas paleta. ¿Te figuras que no entiendo de cosas de mar?

- Como allá en nuestro pueblo no hemos visto el mar más que pintado y tú no te has embarcado nunca...

- Pues estás equivocado, porque, como corista del Real, he tomado parte en multitud de óperas en que sale el mar y barcos y marineros y todo.

- Oye, y aquí ¿podríamos ahogarnos?

- Ya lo creo, como que lo menos habrá cien varas de profundidad.

- Entonces, esto es más profundo que el mar.

- Mucho más; como que aquello es obra de la naturaleza y este estanque le hicieron los moros.

- Chico, yo me siento mal..., me da una congoja... ¡Dios mío, ampárame!

- ¿Te has mareado, melón? Mira, yo estoy como si tal cosa. Verdad es que algunos días vengo aquí y estoy embarcado media hora ó una, y nada, como un verdadero lobo de mar.

- ¡Ay, qué malo estoy! Vamos a tierra.

- Ya vamos, hombre, ya vamos. Ten calma que el viento viene por proa y no se puede ir aprisa. No vuelvo a navegar más con tipos como tú que jamás habéis dejado la tierra firme.

A. DANVILA JALDERO

QUITÁÑEZ

- No lo dude usted, insistió Antonio, mi primo emparentará con la noble raza de los Quitáñez, y su sangre, que casi es la mía, se mezclará con la sangre azul de aquéllos. Sus hijos serán Quitáñez y podrán llevar muy orgullosos el apellido de tan esclarecida prosapia.

- Y ostentarán el escudo de los maravedises de oro en campo de gules...

- Justo; veo que conoce usted el blasón de los Quitáñez.

- Y otros muchos; de algo han de servirme los años.

- Pues mire usted, me agrada sobre manera enlazar mi casa a la de ellos.

- Déjate de alcurnias, heráldicas y genealogías; toda familia es limpia de sangre, según la generación y la época en que te fijes; no te rebajes rebajando a los tuyos, y sábetelo que tu ralea y la mía valen tanto como la más emperejilada.

- No lo crea usted, D. Cesáreo.

- Vaya, se conoce que el Burdeos te ha aligerado el occipucio...

- No, señor, nada de eso; yo soy noble, llevo un título, y sin embargo, no me importaría cambiarlo por el de los Quitáñez. Claro es que esto se lo digo a usted, mi antiguo preceptor, en confianza; es usted la única persona que me guía desde que perdí a mi padre...

- ¡Ah! Si él viviera no harías lo que haces... ¡Si el marqués te hubiera oído!., suspiró D. Cesáreo.

- ¡Vaya, bueno! Todo eso me pasa por tener en usted confianza plena... Pero hoy es mi cumpleaños y no quiero entristecerme.

- ¡Si viviera tu madre!.. ¡Era tan buena... y tan hermosa!.. ¡Murió tan joven!..

Y limpiando D. Cesáreo una lágrima indiscreta que corría por su mejilla, echó un leño en la chimenea y se acomodó nuevamente en la butaca, diciendo:

- En fin, no seas tontillo... ¿No pensabas ir al teatro?

- Es temprano todavía.

- Me alegro: así podré advertirte de que no tú, sino yo, que apenas me firmo Gómez; tu apoderado, cualquiera de tus administradores y de tus sirvientes, tiene en su apellido prosapia más ilustre que los Quitáñez.

- ¿Cómo?

- Como lo oyes.

- La familia del virrey menos que..., ¡imposible!

- Pues oye y te convencerás. Se trata de una historia que aunque no es de los antecesores de la prometida de tu primo, pudiera convenirles.

Antonio cambió el pitillo por un habano, se arrellanó en el sofá acercándose al viejc y éste empezó la relación:

«Hace muchos años, muchísimos, en aquellos días en que los estudiantes de Salamanca discutían a cintarazos y puñadas los antecedentes de Triboniano; en aquellos tiempos en que los escolares divididos en los dos bandos de *sabinianos* y *proculianos* andaban siempre a la greña; en aquella época en que a la salida de las aulas y los claustros se solía emprender a tajos y mandobles con rondas y golillas, había en Salamanca un estudiante llamado Fortún

* * *



EL PUEBLO DE AMBERES ARRASTRANDO LA ESTATUA DEL DUQUE DE ALBA cuadro de C. Verlat

Antúnez, plebeyo de última clase, que debía de ser de la piel del mismísimo demonio á juzgar por sus trapos amorosos y por sus correrías universitarias. El tal era un D. Félix de Montemar á su modo, que se había adelantado á la invención de Espronceda, pero que dejaba en la realidad muy atrás á todos los tenorios de que luego había de echar mano la literatura. Cabeza de motín, no había asonada ni chirrata en que él no armara gresca. Tenía de estudiante el amor al estudio; pero de inteligencia privilegiada y comprensión y retentiva fáciles, aprendía en seguida sus lecciones, y no teniendo ya en qué cavilar se daba á cavilar en diabluras. Un tío suyo, arcediano de San Millán, quiso costearle la carrera de la Iglesia, preparándole así para una prebenda de beneficio; pero el bribón del mozalbeta cambió la beca por el manto estudiantil, y sin confiar en nadie más que en su buena suerte y en su arrojo, dió en Salamanca, donde estudiaba y vivía; estudiando en los libros de sus camaradas, comiendo en hosterías y en conventos y durmiendo en posadas. Antúnez adquirió renombre entre los suyos y fué ascendiendo en el bachillerato. Un año, cansado ya de hacer excursiones por los pueblos próximos en unión de comediantes, ocupación de la que apenas si sacaba más que algún mendrugó y algún golpe, decidió sacar el dinero suficiente para pasar lo mejor posible las vacaciones de Navidad y el resto del curso.»

Antonio redobló su atención, y siguió su cuento D. Cesáreo:

«Aventurero y bravucón, caballero en un mulo que no tenía de tal sino los esparavanes, salió de Salamanca el estudiante, y después de detenerse en algunas ventas donde dió al traste con los últimos maravedises de su exhausta bolsa, llegó á Pardilla, que era un pueblecito que por su insignificancia había escapado á los ojos de los que entonces copiaban las cartas geográficas. Alojóse Fortún en la posada única del pueblo y comenzó á tratarse á cuerpo de rey, cosa que hasta llegó á dar mala espina á algunos rufianes, tan zafios en servir como listos en pensar mal. Antúnez se dió á brujulear por el pueblo y sus alrededores, cabildeó con viejas y comadres, sin olvidar alguna moza de partido ni á alguna garrida Maritornes, y no faltó quien creyera que bajo del manto y del birrete se ocultaba algún sayón del Santo Oficio que iba á sonsacar á dueñas, á tantear soplones, á revolver historias y á gulumear en el pasado nada limpio del patriarcal concejo. No era así: una tarde al ponerse el sol llegaron á la posada, una á una, hasta treinta ó cuarenta viejas — que el número es igual, — y con sigilo y precaución fueron pasando al chiribitil con aspecto de desván, que servía de cámara al estudiante.

«Allí, entre papelotes y retortas, entre un verdadero caos de chismes y cachivaches, estaba sentado á una mesa de pino más mugrienta que la hopalanda del estudiante un viejo de lengua barba blanca y habla gangosa. A los débiles resplandores de un mohoso candil y al alcance de la mano del viejo brillaba la cazoleta de una espada. Acomodáronse las viejas y habló el anciano.

«Venís, apreciables abuelas, á rejuveneceros y me place vuestra determinación; mi joven criado os ha dicho que poseo el secreto de tornaros á la juventud, y tan es cierto, que yo, si bien no he querido volver á ser hermoso como antes, tengo la agilidad de mis veinte años, gracias al filtro maravilloso.

«Y el viejo, dicho y hecho, demostró su agilidad saltando, haciendo zapatetas y dando golpes á diestro y siniestro, procurando no tropezar á sus débiles oyentes. Luego que acabó el viejo su demostración, siguió diciendo:

«Necesito que me deis vuestros nombres y vuestros años para hacer una lista con ellos; así lo manda este libro chino del que saqué el secreto.

«Y el anciano fué llamando una por una á las viejas y empezó á escribir:

«Petra Gómez, 73 años; Florinda Ansúrez, 61; Isabela Cibdad, 82; Mari Pérez, 80.

«Y á este tenor hizo una lista de todas ellas en medio del silencio sepulcral de la reunión.

«Ahora necesito, dijo cuando hubo acabado las apuntaciones, que me deis algo, porque lo que he menester para la brujería cuesta bastante.

«Un murmullo gangoso salió de aquellas bocas desdentadas.

«No os asustéis, dijo entonces el viejo, no pido para mí, que mucho tengo y mucho me dan princesas y duquesas; desde un maravedí recibo lo que deis, yo pondré las doblas que me resten.

«La mesa se llenó de dinero y el viejo despidió á las comadres, á quienes quedó en recibir dos días después.»

«Me figuro lo ocurrido, dijo el marquesito al llegar aquí D. Cesáreo; el estudiante se fugó con los cuartos.

«Ni que lo pienses, dijo D. Cesáreo. Ahora verás. Y continuó:

«Transcurridos los dos días llegaron las viejas á la hostería, recatándose de igual modo que lo hicieron la primera vez, y hallaron al viejo triste y cari-acontecido.

«Es necesario, les dijo con voz de trueno, si hemos de cumplir la receta del código chino que acabo de traducir al pie de la letra, que se mate á la más anciana de vosotras para que las demás vuelvan á recobrar su juventud.

«Un silencio de terror heló en los labios de las viejas un murmullo que ya iba á brotar.

«Además, siguió el nigromante, la lista que hice el otro día y que sabéis que es tan necesaria á la experiencia como la muerte de la más vieja de vosotras, ha desaparecido. Espíritus malandrines andarán jugando con ella; pero sea lo que quiera, no la encuentro; y ¡vive Dios! que la necesito: haremos otra.

«Y dando un puñetazo en la mesa y poniendo mano á la nueva lista empezó á preguntar y á escribir lo que le contestaban.

«Florinda Ansúrez, 46 años; Petra Gómez, 53; Isabela Cibdad, 59; Mari Pérez, 56.

«Y á este tenor concluyó lo que había de escribir. Entonces el viejo revolvió los papeles que tenía delante y dándose una palmada en la frente, exclamó:

«¡Gracias, Dios mío! ¡Por fin encuentro la primera lista!

«La observó un instante, comparóla con la otra, y dando un salto en la silla de vaqueta donde estaba sentado gritó:

«¡Oh, sí, es cierto! ¿Pero será posible?

«Y luego, dirigiéndose á las aturdidas ancianas, exclamó:

«¡Viejas pedigüeñas, habéis rejuvenecido! Petra Gómez, dijo llamando á una, tú tenías hace dos días 73 años, hoy, según esta lista que tú me has dictado, sólo tienes 53; Isabela de 82 ha bajado á 59; Florinda bajó veinte años.

«Una gritería espantosa se levantó en la estancia, sonaron carcajadas de mozos y yangüeses en la puerta de la posada, tiró al aire Antúnez, que es quien era el viejo, barba y gorro, empuñó la tizona y salió dando empellones del cuarto con las dos listas en la mano. Como ya había pagado el hospedaje con la generosidad de un estudiante, ó mejor dicho, con la colecta de las viejas avaras, bajó al patio, montó en el mulo, y siendo ya entrada la noche, cuando la luna enviaba sus pálidos fulgores al caserío de Pardilla, Fortún tomaba las de Villadiego por la carretera de Salamanca, mientras las comadres, aún no repuestas de la transformación del viejo, del terror del sacrificio á que se expusieron y de la emoción de pensar en rejuvenecerse, armaban en la plaza del lugar un clamoreo indescriptible, y se asegura que hubo vieja que se creyó, en efecto, sin achaques y vivió más tiempo del que debía. La justicia, sabedora del caso, pensó en buscar á Fortún y echarle mano por falsario y ladrón; pero luego dió en reír la agudeza, y aquel año campó por Salamanca con la bolsa llena de oro por primera vez el pícaro de Antúnez.»

«De modo, D. Cesáreo, preguntó Antonio, que el tal estudiante hizo lo que hoy llamaríamos un timo?

«Casi, casi. Antúnez luego fué un famoso bachiller en leyes y formó parte del consejo de los monarcas y se llamó *Quitañes* de *Quita-años*, que es como le llamaron sus compañeros por apodo y que con el tiempo se corrompió en *Quitáñez*, que pasó á ser apellido.

«¿Luego el ilustre almirante?..

«Era hijo de Fortún, el fundador de la casa de los Quitáñez.

«Pero eso es terrible...

«Lo que es terrible es que no quieras aún convencerte de que esto de las genealogías es mucha farándula, y que nadie vale más por el nombre, sino por sus acciones.

«Pues desde ahora lo creo, D. Cesáreo, dijo el marquesito.

«Pero ni una palabra...

Y poco después los dos amigos se fueron al teatro.

P. GÓMEZ CANDELA

LA DISTRIBUCIÓN DEL FRÍO EN AMÉRICA

Hasta el presente sólo se conocían como distribuciones generales hechas á domicilio en las grandes ciudades las de agua, gas, aire comprimido, aire enrarecido, agua sometida á presión, vapor, energía eléctrica, telegramas neumáticos, telegramas eléctricos, mensajes telefónicos y audiciones telefónicas.

A esta lista han añadido los americanos una nueva

distribución que funciona en los Estados Unidos desde hace cuatro años, y que con razón puede titularse distribución del frío, ó cuando menos distribución de los medios que se consideran necesarios para producirlo fácil y directamente.

La refrigeración artificial por medio de estaciones centrales y de tubos establecidos en las calles; tal es el título de la comunicación no hace mucho tiempo presentada en el *Franklin Institute* de Filadelfia por Mr. David Branson, uno de los primeros promotores de dicho sistema que ha sido aplicado en Denver (Colorado) y en San Luis (Missuri).

Este sistema podría ser propiamente clasificado entre los sistemas que realizan una distribución negativa, puesto que su objeto no es producir y distribuir el frío, sino más bien suprimir el calor y la humedad en los locales de las personas que estén abonadas al servicio.

El procedimiento más sencillo y á la par el más inmediato para conseguir el resultado apetecido consiste en emplear el amoníaco libre.

La instalación establecida en Denver funciona desde el mes de agosto de 1889 sin haber sufrido desde entonces la menor interrupción: su red ha sido en dos ocasiones distintas ampliada, extendida y agrandada.

En San Luis la distribución existe desde hace tres años, y lo mismo allí que en Denver los servicios que prestan las instalaciones son tenidos en tanta estima que, al decir de Mr. Branson, los abonados no querrían volver al empleo del hielo natural aun cuando éste les fuese suministrado gratuitamente.

He aquí el principio en que se funda este sistema de distribución.

El amoníaco libre, no la solución de amoníaco que vulgarmente es conocida con el nombre de amoníaco en el comercio, es enviado desde la estación central por una primera canalización á los puntos en que debe ser utilizado á una presión que durante el verano es de 10 kilogramos por centímetro cuadrado aproximadamente. La evaporación del amoníaco en el punto de utilización se facilita dejándolo fluir por un pequeño orificio regulado por una válvula cuya abertura depende del grado de temperatura que se haya de obtener, y se produce en un juego de tubos designado con el nombre de serpentín de expansión. Desde allí el amoníaco anhidro vaporizado vuelve á la fábrica por una segunda canalización de mayor diámetro, para ser allí disuelto, destilado y licuado nuevamente. La destilación y la licuefacción del amoníaco exigen en la fábrica una maquinaria especial. En estas condiciones, todas las partes de la canalización, salvo el serpentín de expansión que constituye el aparato de utilización, conservan la temperatura ambiente, gracias á lo cual no hay pérdida térmica alguna.

La experiencia ha demostrado que el consumo es de los más variables, puesto que en el intervalo de pocos instantes pasa desde un valor enorme á un valor nulo.

Las máquinas empleadas para la licuefacción tienen una potencia calculada sobre el consumo medio.

Para hacer frente á aquellas variaciones bruscas se utiliza un conjunto de depósitos de amoníaco líquido, de solución rica y de solución agotada, en cantidades suficientes para prevenir cualquiera eventualidad.

Las ventajas que esta combinación ofrece son muchas y muy dignas de ser tenidas en cuenta. En primer lugar, merced á este sistema se obtiene una gran economía en la sustracción directa del calor, en vez de recurrir al empleo del hielo como elemento intermediario. En segundo, se consigue también una notable economía por el hecho mismo de la distribución. Y finalmente, merced á la producción de la potencia mecánica en grandes cantidades á la vez, puede la compañía encargada de la explotación de este sistema ofrecer las mismas ventajas á todos los consumidores del frío artificial, así á los que consuman mucho como á los que hagan de él un consumo pequeño.

A fin de poder utilizar de una manera conveniente el procedimiento de *sustracción del calor*, cuyo principio acabamos de indicar, ha sido preciso combinar una porción de disposiciones que hicieran de él un sistema verdaderamente útil y práctico en las innumerables aplicaciones que del mismo se han hecho: en su consecuencia se han fabricado heladoras para licores y vinos, para carnes, para pescados y para toda suerte de comestibles en general; habitaciones apropiadas á la conservación de las pieles, aparatos para secar y enfriar salones de restaurant, almacenes, oficinas, hospitales, etc.

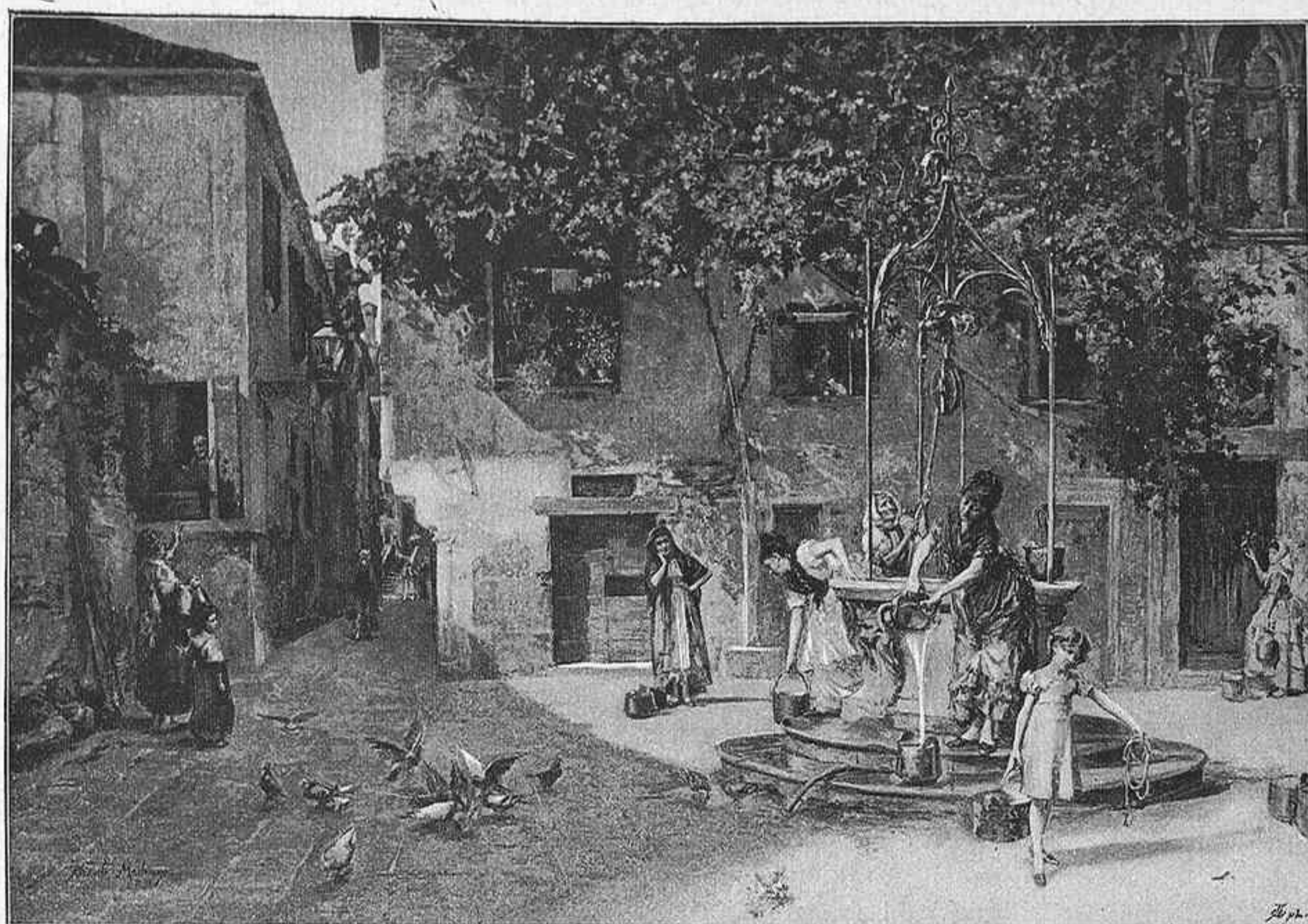
Como es de suponer, las cuestiones de detalle que necesariamente debían derivarse de la aplicación de este sistema ofrecieron en un principio serias dificultades.

tades: en efecto, la cuestión del contador de frío, la de los escapes, la de las interrupciones del servicio, la de las rupturas de los tubos y otras muchas que sería ocioso enumerar, constituyeron desde luego otros tantos problemas en la actualidad perfectamente resueltos. De suerte que vencidos todos los obstáculos el sistema se aplica hoy en día con toda regularidad.

La estación establecida en San Luis funciona actualmente con una máquina cuya producción diaria es equivalente a 90 toneladas de hielo: la potencia de producción de la instalada en Denver corresponde a igual cantidad.

Antiguamente las máquinas que en esas estaciones se utilizaban no producían más allá de 20 ó 30 toneladas por día: en la actualidad esas máquinas se emplean para la fabricación directa del hielo y sirven al mismo tiempo de reserva para cuando ha de suspenderse por causa de algún accidente el funcionamiento de las nuevas.

Esta industria de la distribución doméstica del frío es verdaderamente original é interesante y constituye una prueba más del espíritu emprendedor de los norteamericanos, de este pueblo que parece haberse propuesto, y hasta ahora lo ha conseguido, ponerse al frente de todos los del globo en cuanto se relaciona con el progreso industrial y con los adelantos materiales. - X.



El Campiello, recuerdo de Venecia, cuadro de Ricardo Madrazo

El nombre de Garnelo figura dignamente entre el de los más distinguidos artistas, y la obra que reproducimos, por más que revista interés, debe considerarse como un discreto del artista.

Un episodio del año 1835. cuadro de Luis Buxó (Sal'u Parés). - El luctuoso período que en el primer tercio de este siglo ofrece hechos tan salientes como lo son la guerra civil y la violenta expulsión de los frailes, con la quema de sus conventos, ha servido de tema a muchos artistas para composiciones esencialmente dramáticas. Entre ellos puede figurar Luis Buxó, puesto que el lienzo que reproducimos ha sido inspirado en la asonada ó motín que el día 25 de julio del año 1835 estalló en la plaza de toros de nuestra ciudad.

El cuadro del Sr. Buxó, aventajado discípulo del director de nuestra academia provincial D. Antonio Caba, no reproduce un hecho determinado, pero tiene verdadero color local y resulta una composición tan discreta como recomendable, que figura en la galería del inteligente amateur D. Alejandro Pons.

El pueblo de Amberes arrastrando la estatua del duque de Alba, cuadro de C. Verlat. - Sea por el odio que en todo pueblo despierta cualquiera dominación extranjera, sea porque el gobierno del duque de Alba en Flandes

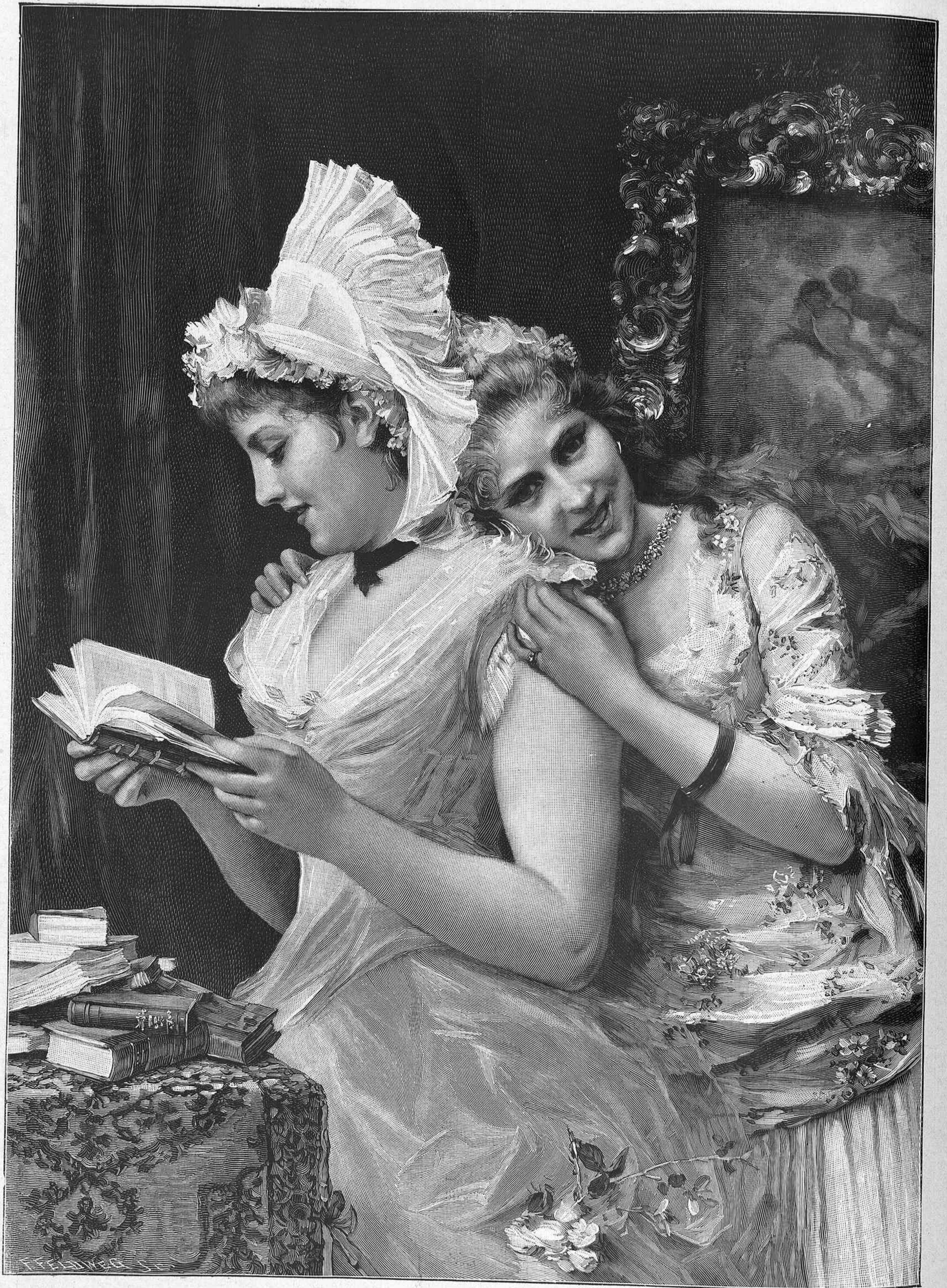
fuese un régimen cruel y despótico, es lo cierto que los flamencos guardaron mala memoria del gran capitán de Felipe II, hasta el punto de que habiendo sido llamado á España, el pueblo de Amberes sació sus rencores arrastrando por las calles de la ciudad la estatua del duque que éste se hiciera erigir con el bronce de los cañones cogidos al enemigo en la campaña contra Guillermo de Orange. Esta escena es la que representa el cuadro que reproducimos, cuyo autor figura entre los primeros pintores de nuestro siglo: Carlos Verlat cultivó con igual éxito los más diversos géneros pictóricos, así el retrato como el

NUESTROS GRABADOS

Cante y Manzanilla, pandereta pintada por José Garnelo. - El parche de una pandereta ha servido á José Garnelo para producir una obra simpática, un cuadro de costumbres andaluzas, tomado del natural con la galanura y brillantez que constituyen las notas características en las producciones de este artista, á quien también cautivan los derroches de luz, los cambiantes de tonos, la gallardía de los tipos y la riqueza de contrastes que ofrece y atesora la tierra andaluza.



EL CUENTO DE LA ABUELA, cuadro de Gysis



LECTURA ALEGRE, cuadro de F. Andreotti



LA TARDE EN EL BOSQUE, cuadro de Mme. Dora Hetz (Salón del Campo de Marte. París.)

cuadro histórico, tanto el cuadro de género cuanto la pintura religiosa; en 1870 fué director de la Escuela de Bellas Artes de Weimar y luego hasta su muerte profesor de la Academia de Amberes.

El Campiello, recuerdo de Venecia, cuadro de Ricardo Madrazo.—Un precioso rincón de Venecia, cual es la plazuela existente á espaldas del histórico palacio Foscari, ha servido á Ricardo Madrazo de motivo y asunto para producir un bellissimo cuadro. Al encanto que ofrece *El*



VIRGO CLEMENS, cuadro de José M. Tamburini (Salón Parés)

Campiello ha agregado el artista la acción que determina la hora y la vida, cual es aquella en que las mujeres del barrio, durante los meses estivales, acuden al pozo que descuella en el centro en busca de agua fresca y cristalina.

El Campiello constituye otra de las bellas composiciones de este distinguido artista, á cuya galantería y buena amistad debemos la ocasión de haber podido dar á conocer á nuestros lectores algunas de sus recientes producciones.

El cuento de la abuela, cuadro de Gysis.—El título de este cuadro es su mejor explicación, y aun sin él adivinarse desde luego el asunto de que se trata, con sólo ver el interesante grupo que forman esa anciana relatando una conseja y esos niños escuchando con atención profunda las aventuras de algún príncipe valeroso ó las cuitas de alguna princesa enamorada.

Lectura alegre, cuadro de Andreotti.—Por otras obras que del mismo hemos reproducido han podido apreciar nuestros suscriptores la valía del autor de este cuadro: el que hoy publicamos es una nueva justificación de la fama de que Andreotti goza en el mundo del arte, pues todo en él revela la mano de un maestro, feliz en concebir, hábil en agrupar elementos, correcto en el dibujo, elegante en la composición, fino en el colorido y justo en dar expresión á sus figuras.

La tarde en el bosque, cuadro de Mme. Dora Hetz.—Este lienzo, que fué justamente alabado en la última exposición celebrada en París en el Campo de Marte, es una encantadora nota de sentimiento; todo en él respira esa dulce melancolía que se siente en el bosque al caer la tarde, cuando los pájaros cesan en sus cantos y cuando hasta las flores y los árboles parecen disponerse al reposo á que el silencio y la soledad convidan. El paisaje triste y la figura, más triste si cabe, de la joven madre que lleva en brazos al dormido niño, producen una de esas impresiones que tan bien reflejan la emoción artística y que son la mejor prueba de que el pintor ha acertado á cumplir los fines del arte.

Virgo Clemens, cuadro de José M. Tamburini (Salón Parés).—Obra del distinguido pintor José M. Tamburini es la Virgen en su invocación más bella, en su representación más tierna y sentida. El artista, aparte del sentimiento, ha sabido imprimir en su hermoso á la par que severo rostro el sello de la clemencia y de la piedad, venciendo desde el punto de vista pictórico las dificultades que había de ofrecer su especialísima tonalidad, en armonía con la grandeza de la concepción.

Sepárase esta representación de la augusta Madre de Dios del convencionalismo casi litúrgico, del molde de las composiciones análogas, y sin embargo, inspira respeto, porque aun en el delicado realismo que revela la obra, distínguese la inspiración del creyente.

Dibujos al lápiz, por Román Ribera.—Dos sencillos apuntes, sacados al azar entre los que contienen las cartelas del maestro, figuran reproducidos en estas páginas. El nombre de Román Ribera constituye ó representa de por sí una garantía de acierto: de ahí que nos limitemos á llamar la atención acerca de los dos dibujos, admirablemente apuntados del natural, en los que se revela, cual en todas sus obras, la seguridad y la corrección.

El tigre real, cuadro de A. Heise.—La pintura del género á que pertenece este cuadro ofrece grandes dificultades, pues la imposibilidad de hacer muchas veces los estudios del

natural es causa de que el artista incurra ó en notorios errores ó en palpables amaneramientos. Heise en su *Tigre real* no se nos presenta falso ni amanerado; antes al contrario, la fiera por él pintada tiene vida, es copia exacta de la realidad y por ello merece elogios su autor, artista ventajosamente conocido en Alemania.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—LONDRES.—En la Dudley Gallery se ha celebrado una exposición de acuarelas, en su casi totalidad paisajes y marinas, entre los cuales sobresalen los de W. Severn, Reginaldo Jones, David Green, Herberto J. Finn, L. Block, Harrington Mann y los de las señoras Nora Davidson, Enriqueta Skidmore, Elena O'Hara é Inés J. Rudd. Entre los estudios de figuras llaman la atención *Un viejo piloto* de H. Terry, *Vendedor de limones* de Beatriz C. Smallfield y dos deliciosas escenas infantiles de María Elena Carlisle.

FLORENCIA.—En uno de los sótanos de los Uffizi se ha encontrado un cuadro muy deteriorado que representa una Venus de tamaño natural, y que después de una inteligente restauración ha resultado ser obra de Lorenzo di Credi. Este cuadro, doblemente valioso por ser uno de los pocos desnudos que pintó aquel maestro, ha pasado á formar parte de la Galería de los Uffizi.

ROMA.—Dícese que un coleccionista ha comprado á un vendedor ambulante de antigüedades por 60 céntimos un dibujo de Rafael, que es un estudio para su famoso cuadro de la *Disputa* y cuyo valor se estima en 10.000 francos.

MUNICH.—Los secesionistas han resuelto celebrar una exposición de primavera, que se habrá inaugurado el día 15 de febrero, y además la gran exposición internacional que se inaugurará el día 1.º de junio. Algunos de los principales secesionistas se han separado de la agrupación volviendo á ingresar en la Asociación de Bellas Artes.

—La Asociación de Bellas Artes ha celebrado el 70.º aniversario de su fundación. A fines de 1824 celebró su primera exposición en el domicilio particular del litógrafo Winter: hoy cuenta más de 6 000 asociados y lleva invertidos en la compra de obras artísticas más de seis millones de pesetas; es la asociación más antigua de Alemania, posee un edificio propio y ha contribuido poderosamente al desarrollo de la vida artística de Munich.

PARIS.—En los talleres de M. Thiebaut acaba de fundirse en bronce una estatua simbolizando *La cerámica*, obra del distinguido escultor Eugenio Guillaume, para ser en breve colocada en la Manufactura nacional de Sevres.

BRUSELAS.—El gobierno belga ha adquirido por la suma de 200.000 francos un cuadro notable atribuido al celebrado pintor flamenco Van Dyck, que fué propiedad de la familia de Ribencourt. Representa al señor de Laerne, burgomaestre de Amberes, rodeado de seis individuos de su familia, entre los que figura la distinguida dama Cristina de Ribencourt.

ATENAS.—La escuela de Atenas va á emprender en breve grandes trabajos y excavaciones arqueológicas en Tejea. El ministro de Instrucción pública de Grecia ha nombrado una comisión técnica encargada de examinar el emplazamiento escogido por la dirección de la escuela francesa y justipreciar los terrenos que deben expropiarse.

El objetivo de estos trabajos es el de descubrir el famoso templo de *Alea Athena*, que es uno de los monumentos más antiguos é interesantes del Peloponneso, en el que se supone existe un gran número de estatuas de Scopas.

MAGUNCIA.—El día 9 del pasado enero fué destruida por incendio, cuyas causas ignoranse todavía, la histórica casa de Gutenberg.

EL HAYA.—El círculo artístico organizó para el 27 de enero último una fiesta en honor del pintor holandés J. Israels, bien conocido y apreciado por los artistas y aficionados en París. Cumplió en esa fecha el distinguido artista 70 años, y con este motivo le fué entregado un álbum conteniendo las firmas de innumerables maestros extranjeros que se apresuraron á asociarse á la manifestación de simpatía, dedicada al pintor eminente.

Teatros.—Mascagni está dando, según se dice, la última mano á una nueva ópera titulada *Romano d' Etruria*, en un acto y dos cuadros.

—Después de haberse cantado con gran aplauso en varios teatros de Italia y de otros países, se ha representado en la Scala de Milán la última ópera de Puccini *Manon Lescaut*: el éxito ha sido completo, en muchos puntos calurosísimo y en algunos entusiasta.

—En el teatro Niccolini, de Florencia, trabaja actualmente una compañía dramática inglesa dirigida por Mr. José Craft. Es la primera compañía inglesa que ha visitado á Italia.

—Se ha estrenado en Milán el drama de Bjornson *Una quiebra*, arreglado á la escena italiana con muy poco acierto, pues de la obra se ha suprimido todo el primer acto, quizás el más interesante y necesario, pues en él están trazados con vigor los caracteres de los personajes y se sienta la base de toda la acción.

—En Nápoles se ha estrenado una ópera de Emilio Copp,

Teresa Raquin, cuyo libreto está tomado del famoso drama de Zola y que ha sido objeto de apasionadas discusiones.

—La ópera en un acto *Marga*, libreto de Arno Spies y música de Jorge Pittrich, ha sido estrenada en el teatro de la Corte, de Dresde, con gran éxito, debido casi exclusivamente á las excelencias de la partitura.

PARIS.—La sociedad L'Oeuvre ha puesto en escena en los Bouffes du Nord un drama en dos actos, del noruego Bjornstjerne Bjornson, *Au dessus des forces humaines*, obra de argumento sencillísimo, eminentemente mística, que en Noruega se considera como una obra de fe y de inspiración cristiana. En el Cercle funambulesque se han representado dos pantomimas, una en un acto, *Momie*, de Mme. H. Lemorié, con agradable música de León Schlessinger, que está tomada de un cuento de Edgardo Poe, y otra en dos actos, *Instantanés*, de Boussetot y Beissier, cuya música, elegante y graciosa, es del notable compositor de piezas para piano Luis Gregh. El Cercle des Ecoles ha dado una función compuesta de cuatro obras: *La Revue de Machin*, graciosa pieza en un acto, de Meusy; *Une Mère*, croquis sobrado naturalista de Amic; *Le Passant*, de Gavault, parodia aristofanesca de la célebre pieza de Coppée, y *Une visite*, comedia en dos actos de un dinamarqués, M. Brandes, traducida por Colleville y Zepelin, de asunto algo parecido al de *Denise*, de Dumas, tratado con gran lógica y sobriedad.

LONDRES.—En la Comedie se ha estrenado con buen éxito una comedia, *Dick Sheridan*, original del ilustre dramaturgo inglés Buchanan. El conocido empresario de Covent Garden y de Drury Lane ha regresado á Londres de su excursión preparatoria de la temporada de ópera de primavera y verano, durante la cual se representarán como novedades *Signa*, de Cowen, y *Werther*, de Massenet. Además se cantará el arreglo de *El barbero de Sevilla*, hecho por Mancinelli para sólo primas donas, que con tanto éxito se ha estrenado en el Metropolitano de Nueva York, en donde lo han cantado la señora Calvé (*Figaro*), Melba (*Almaviva*), Sigrid Arnoldson (*Rosina*), Guercia (*Don Bartolo*) y Scalchi (*Don Basilio*). En el teatro Daly comenzarán á principios de mayo las representaciones italianas por la compañía á cuyo frente está la eminente Leonor Duse y en el propio teatro dará desde mediados de junio algunas funciones Sarah Bernhardt. Para la Gaitty está contratada Mme. Rejane y la compañía del Vaudeville, de París, que pondrá en escena entre otras obras la última de Sardou y Moreau, *Madame Sans Gene*. Próximamente se representará en Haymarket una traducción de *El Talismán*, de Fulda, esa obra que tanto gusta y ha dado que hablar en Alemania.

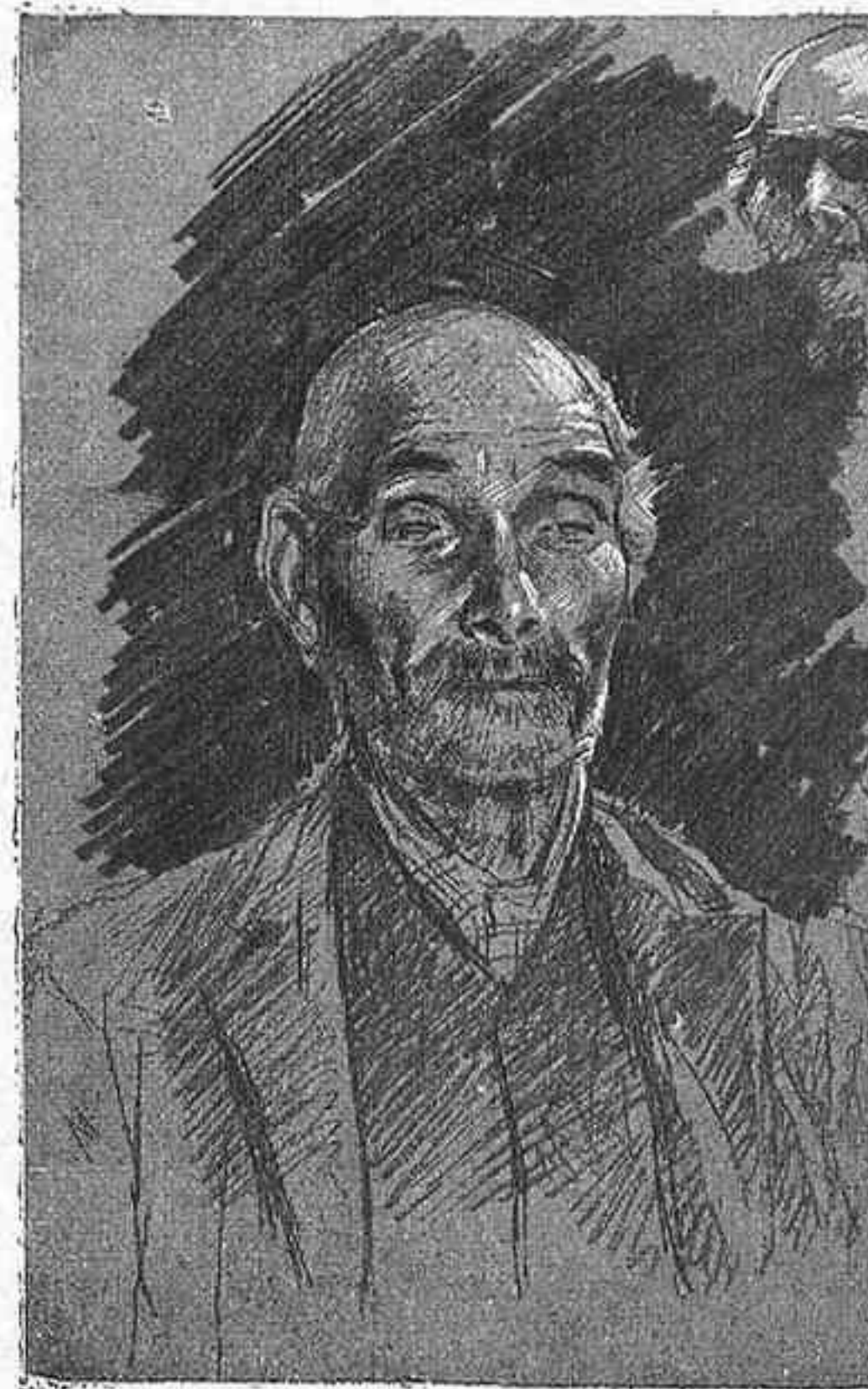
MADRID.—Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia, *Luciano*, drama en tres actos, de Joaquín Dicenta, de tesis bastante escabrosa, pero bien desarrollada y muy bien escrito; en Lara, *La jaula*, lindo sainete en un acto, de Felipe Pérez, primorosamente versificado; en Apolo, *La noche de San Juan*, zarzuela en un acto, precioso y animado cuadro de costumbres montañesas, letra de Eusebio Sierra y música de Valverde, padre é hijo, y *La de vamonos*, graciosísima parodia de *La de San Quintín*, letra de Felipe Pérez y música de Valverde, hijo; y en la Princesa, *La Colores*, parodia de la comedia de Palencia, *Nieves*, escrita por los Sres. Ayuso y Ferrer. En el Príncipe Alfonso ha dado sus tres primeros conciertos de esta temporada la notable orquesta de la Sociedad de Conciertos bajo la dirección de los maestros Jiménez, Goula y Bretón. En la Comedia se ha verificado el beneficio del Sr. Pérez Galdós, habiéndose representado con el entusiasta éxito de siempre *La de San Quintín*.

BARCELONA.—En Novedades se ha estrenado con éxito extraordinario la tragedia sacra en cinco actos y catorce cuadros *Jesús de Nazareth*, de Angel Guimerá, obra grandiosamente concebida y admirablemente escrita, que ha sido puesta en escena con gran lujo y propiedad y para la cual han pintado hermosas decoraciones Soler y Rovirosa, Moragas y Vilumara y escrito algunos bellísimos números de música el notable compositor D. Enrique Morera. En el Principal, Novelli sigue contando por ovaciones el número de sus representaciones: en *Gli Spettri*, de Ibsen, ha sido aplaudido con entusiasmo.

Necrología.

Han fallecido: Mr. R. M. Ballantyne, escritor inglés que se dedicó especialmente á escribir libros de cuentos para niños.

Máximo Du Camp, escritor y crítico francés, miembro de la Academia Francesa, colaborador de la *Revue des Deux-Mondes*, autor de multitud de libros de viajes á Oriente y de otras varias obras, entre ellas, *Convulsiones de Pa-*



DIBUJO AL LÁPIZ, por Román Ribera

ris y Paris, sus órganos y sus funciones.

Juan Guido de Bulow, célebre pianista y compositor alemán, director de orquesta en los principales teatros de Alemania: había estado casado con una hija de Listz, que se divorció de él y fué después esposa de Wagner.

Teodoro Billroth, uno de los primeros patólogos y cirujanos alemanes, eminente histólogo, antiguo profesor de Anatomía patológica en Greifswald, de Clínica quirúrgica en Zurich y en Viena, autor de importantes obras de medicina, entre ellas las *Cincuenta lecciones de patología quirúrgica general y de terapéutica*.

Francisco J. Batth, pintor de historia alemán.



DIBUJO AL LÁPIZ, por Román Ribera

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. - ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

La preocupación de evitar preguntas ó alusiones sobre puntos escabrosos y de peligrosa contestación daba á las palabras de Santiago una frialdad ceremoniosa que no podía menos de chocar á Teresa. Entristecida por el silencio obstinado de su marido respecto del misterioso disfraz, la excelente esposa experimentaba una penosísima sensación al oírle hablar de cosas indiferentes, y esto con notorio embarazo, después de tres días de ausencia. Santiago estaba nervioso é inquieto y no lo podía disimular. Al mismo tiempo que hablaba distraído y torpemente, pensaba en su cita, y discurría qué pretextos inventaría para poder salir de casa á la hora precisa; comprendía lo difícil que le sería sin ayuda de alguien, y creía que no tenía otro recurso que ir á buscar á Lechantre para descubrirle el compromiso en que se hallaba y conseguir su auxilio. Contaba con el buen humor de su amigo y maestro para animar durante el almuerzo la conversación, y además tenía necesidad de recomendarle una prudente discreción y convenir con él el medio de poder pasar fuera de casa una parte de la noche.

- Te dejo por una hora, dijo á Teresa; voy á decir á Lechantre que habéis llegado ya y á convidarle á almorzar con nosotros.

- ¿Vive lejos de aquí?, preguntó Teresa.

- Muy lejos. El barón Herder le ha dado hospitalidad á bordo de su yate, y lo menos se tarda media hora en ir de aquí al puerto. Hasta luego, Teresina; recomienda á la cocinera que nos ponga un buen almuerzo; ahora te enviaré unas docenas de ostras, y al mediodía volveré con nuestro amigo.

Pero estaba escrito que Santiago sufriría una tras otra contrariedad, porque cuando se despedía de su mujer, sonó la campanilla y oyó la voz estentórea y alegre de Lechantre en la antesala.

- ¡Cómo! ¿Ya están aquí esas señoras?, exclamaba el paisajista. ¿Se puede entrar?, añadió asomando su cara risueña por entre las dos hojas de la puerta de la sala.

Entró y estrechó con efusión las manos de Teresa.

- Buenos días, incomparable Teresa... Y tú, pillastre, ¿has dormido bien?... ¿Y cómo ha venido la mamá?

- La mamá muy buena y muy contenta, respondió la señora Moret, levantando la cortina de la habitación contigua y entrando en la sala con Teresa.

No se hubiera creído, en efecto, que acababa de hacer un viaje de veintidós horas. Después de haber peinado sus cabellos grises, y tomado un baño, reaparecía alegre y viva como una alondra. Lefase en su semblante la satisfacción de ver á su hijo en buena salud.

- Buenos días, Sr. Lechantre, continuó: celebro mucho ver á usted aquí, y verle tan sano y rozagante..., y no le perdono haber entretenido anoche á mi hijo hasta el punto de que no haya ido á esperarnos en la estación... ¿Adónde le ha llevado usted, grandísimo pícaro?

- Se lo contaré á usted cuando almorcemos, porque yo me convidó á almorzar.

- Precisamente iba yo á invitar á usted ahora mismo, observó Santiago, dejando el sombrero y el bastón.

Hubiera querido recomendar á Lechantre la más escrupulosa reserva; pero conocía que le observaban á la vez Teresa y Cristina, y juzgó prudente no hacer la más leve seña á su maestro á fin de no confirmar las sospechas de las dos mujeres. Esperaba, por lo demás, que durante los preparativos del almuerzo tendría ocasión de quedar solo con Lechantre, y podría prevenirle. Pero las cosas no se arreglaron como él presumía y deseaba. Cuando Teresa fué á dar una vuelta por la cocina y el comedor, la señora Moret y Cristina creyeron de su obligación quedarse en conversación con el convidado. Cristina, sobre todo, se obstinaba en llamar la atención de Lechantre, como si hubiera penetrado las intenciones de Santiago y tuviera una maligna satisfacción en contrariarle. No dejó de hablar con el amigo hasta que vió entrar en la sala á Teresa y la oyó decir que el almuerzo iba á ser servido.

Santiago ardía en impaciencia y en despecho. En vano procuraba afectar una tranquilidad y un buen humor que no tenía. Los pliegues transversales de su frente, la fijeza de su mirada y la forzada sonrisa de sus labios denunciaban el estado de su espíritu. Teresa, acostumbrada á leer en la expresiva fisonomía de su marido, no se dejaba engañar por aquella superficial jovialidad. Encontraba en Santiago la mirada inquieta y la embarazada actitud de quien disimula algo. Un sutil instinto de mujer amante y celosa de conservar su felicidad, afinaba más y más su perspicacia, y á medida que las dudas se acumulaban en su espíritu, una profunda tristeza invadía su corazón. En el momento en que la doncella vino á decir que el almuerzo estaba servido, Santiago se dirigió á Lechantre á fin de quedar detrás con él y hacerle alguna prevención, pero Teresa se adelantó y tomó el brazo del maestro para pasar al comedor. Al mismo tiempo la viejecita reclamó el brazo de su hijo, y Santiago, completamente desconcertado, vió desvanecerse su última esperanza de comunicar secretamente con su compañero antes de la hora temible de las conversaciones expansivas que suceden generalmente á una comida entre buenos amigos.

El almuerzo, aunque improvisado, era bueno y fué muy bien servido. Teresa había hecho sacar el famoso vino de Barincourt, aquel de que le regaló Lechantre algunas botellas, y el maestro, animado por el vinillo del país, la presencia de sus paisanos y la delicadeza del *menú*, comenzaba á hablar por los codos. Cuando se hallaba entre amigos y ante una botella de su vino predilecto, al paisajista se le soltaba la lengua de un modo extraordinario: Santiago lo sabía y su inquietud aumentaba á medida que el maestro se ponía más alegre.

Mientras éste encarecía con su manera familiarmente pintoresca y exagerada los talentos de la autora y confectionadora del almuerzo, Cristina le interrumpió súbitamente con su voz áspera y desagradable:

- Sr. Lechantre, nos ha prometido usted decirnos dónde y cómo pasó la noche última con Santiago.

- Y lo cumpliré, respetable señorita, respondió el maestro levantando el vaso, mirando el líquido amorosamente y saboreándolo á pequeños sorbos, en cuanto beba este néctar de Barincourt... En primer lugar, han de saber ustedes que por la tarde estuvimos en la famosísima batalla de *confetti*, y combatimos bizarramente. Luego comimos en el restaurant, y después...



Torció la esquina Teresa y recorrió con mirada ansiosa la porción luminosa del boulevard Dubouchage...

- Sr. Lechantre, dijo con afectada ironía Santiago, que cada vez estaba más inquieto, no olvide usted que Cristina es muy devota, y la puede usted escandalizar...

- No tengas cuidado, hijo, que sé perfectamente las consideraciones que se deben á una señorita, y eliminaré discretamente el episodio del monaguillo!..

- ¡Un monaguillo!, exclamó con hipócrita candidez la devota; ¿han ido ustedes á la iglesia?

- ¡Oh, inocencia bíblica!, dijo Lechantre; á la iglesia precisamente no hemos ido... Se trata de una joven honesta disfrazada de monaguillo, que hacía sus ejercicios en el casino...

- ¡Qué horror!, murmuró Cristina bajando los ojos. ¿Cómo se cometen profanaciones semejantes?.. ¿Y es en ese baile donde han estado ustedes toda la noche?

- Sí, señorita... Santiago estaba muy triste en su soledad y yo quise distraerle llevándole á ese baile. Todas las mujeres más bonitas de Niza estaban allí, y su hijo de usted, señora Moret, ha obtenido en el casino el mayor éxito.

- No se burle usted de mí, Sr. Lechantre, interrumpió Santiago...

Teresa había levantado la cabeza y observaba dolorosamente la turbación de su marido. En cuando á la señora Moret, siempre encantada de oír el elogio de su Benjamín, reía con indulgencia maternal, y con los ojos fijos en los del maestro, aprobaba moviendo la cabeza y repetía:

- Sí, maestro, cuente usted, cuente usted.

- Pues bien, señoras, repuso éste muy contento de excitar la curiosidad de su auditorio femenino, el baile rojo y blanco ha sido positivamente una gran cosa, y siento mucho que no hayan asistido ustedes á fiesta tan animada. Había allí mujeres de todas las clases, desde la más humilde hasta la más empingorotada; y apuesto lo que se quiera á que la que dió broma á Santiago pertenecía á la crema de la crema... Se adivinaba en su metal de voz y en su *toilette*.

- ¡Ah! ¿Conque á Santiago le dió broma una máscara?, preguntó Teresa afectando una perfecta indiferencia... ¡Y se lo tenía tan callado!

- ¡Bah!, exclamó Santiago, encogiéndose de hombros, el Sr. Lechantre se deja llevar de su fecunda imaginación. Se trata sólo de una vulgar broma de baile de máscaras, y la que me habló no tenía nada de interesante.

- ¡Canario!, prosiguió el maestro, eres modesto, hijo, ó tienes unos gustos muy difíciles, porque la dama era hermosa y arrogante; un poquito altanera me pareció, pero muy elegante y distinguida.

- ¿Qué traje llevaba?, preguntó Teresa.

- Un traje de merino blanco, cortado á la griega, con guarnición de encajes rojos, y sobre sus cabellos rubios una graciosa gorra de encajes de oro. Añadan ustedes á esto unos ojos que resplandecían como brillantes y una voz... una música á la vez fuerte y suave, con ligero acento extranjero... Como me declaró sin ambages ni rodeos que yo estaba allí demás, no asistí á la conversa-

ción; pero me parece que la dama era tan espiritual como hermosa, y que Santiago no debió aburrirse hablando con ella.

— Pues se engaña usted, Sr. Lechantre, protestó Santiago, lanzando una mirada furiosa á su maestro, apenas cambiamos algunas palabras indiferentes.

— ¿Por qué te defiendes con tanta vehemencia?, preguntó Teresa, con una amarga sonrisa; esas aventuras son muy naturales en un baile de máscaras, y es sabido que nadie las toma en serio.

Pero la fisonomía de Teresa, ligeramente contraída, y la expresión de sus ojos desmentían la tranquilidad que intentaba aparentar. En efecto, cada una de las palabras pronunciadas por el maestro producía en ella un estremecimiento seguido de crueles reflexiones. De las revelaciones de Lechantre y de la obstinación silenciosa de Santiago deducía conclusiones muy poco tranquilizadoras. La descripción de la dama de los encajes rojos había bastado para hacerla comprender el alcance de aquella entrevista en que Lechantre no veía más que una broma de Carnaval. Y las ligeras indicaciones del artista habían hecho adivinar á la perspicacia de Teresa que la desconocida debía ser Mania Liebling y no otra, y esta convicción había despertado en ella los celos con la mayor violencia. Para ella era evidente que la entrevista de Santiago y Mania había sido premeditada. ¿Qué habría pasado? ¿Qué confidencias habrían cambiado? ¿Hasta qué punto su marido había sucumbido á la tentación? Era evidente que él se reconocía culpable, puesto que buscaba subterfugios para no confesar sus actos. Teresa se juzgaba traicionada, y traicionada en las más ofensivas condiciones. Apenas salió ella de Niza, Santiago se había apresurado á procurar volver á ver á aquella peligrosa mujer, y no se había avergonzado de aprovechar la ocasión de su viaje, hecho por pura abnegación, para satisfacer su curiosidad ó su pasión. Esto era odioso, y Teresa, herida en su lealtad y en su ternura, agitada por un legítimo sentimiento de indignación, sentía impulsos de apostrofar al infiel marido: «¿Por qué mientes?... Todo lo adivino y no me engañas.» Pero en su alma nobilísima, el sentimiento de la propia dignidad y el temor de afligir cruelmente á la madre del culpable pudieron más que su amor propio ofendido, y supo aparentar una tranquilidad que no sentía.

Sin embargo, el esfuerzo de la lucha que sostenía en su espíritu se reflejaba en su rostro, y Lechantre, que era observador, no pudo menos de advertir la alteración que sus confidencias produjeron en la fisonomía de la esposa de su discípulo. Comprendió que involuntariamente había hablado más de lo que convenía y calló... Terminó el almuerzo en medio de un silencio general penosísimo. El paisajista, que ya no reía, contemplaba con sorpresa la mirada triste de Teresa, la cara vagamente inquieta de Santiago, la malévola sonrisa de Cristina, y se preguntaba: «¿Qué diablos les pasa? Mi historia de ayer los ha dejado mudos á todos.»

Levantáronse de la mesa; el café se sirvió en el vestíbulo del hotelito, y mientras las tres mujeres se ocupaban allá dentro en quehaceres domésticos, Santiago pudo llevar á su amigo al jardín á pretexto de fumar un tabaco.

— ¡Hombre!, ¿qué pasa? preguntó el maestro... ¿He cometido alguna inconveniencia contando delante de tu mujer tu aventura de anoche?

— Ya no tiene remedio, contestó Santiago con amargura. Pero no tiene usted la culpa; si hubiera podido hablar con usted un momento esta mañana le habría recomendado el silencio sobre ese punto... En la descripción que usted ha hecho de la máscara de los lazos rojos, Teresa ha reconocido, sin duda, á una dama de quien ya estaba celosa, y temo mucho las consecuencias de este contratiempo.

— ¡Cómo! ¿No era la primera vez que encontrabas á esa mujer?

— No; la conozco hace seis semanas; es una extranjera, una dama del gran mundo.

— ¡El diablo cargue con las damas del gran mundo!, exclamó el paisajista apesadumbrado; creo que sería alguna del propio linaje que mi gentil monaguillo; pero... no sabes cuánto siento ser causa de la pena de tu mujer... ¿Y tienes intención de volver á verla?

— Sí, contestó Santiago, esta noche... tengo una cita... y no puedo faltar, y cuento con la amistad de usted...

— Para decir á tu mujer que iremos juntos á alguna parte..., ¿no es eso?... Pues no, no haré yo el mal papel que me destinan... Olvidas, sin duda, cuánto quiero y admiro á tu mujer.

— Más la quiero yo, pero...

— Es singular tu manera de quererla... haciéndole traiciones... No, yo no seré tu cómplice, y vas á hacerme el favor de no volver á acordarte de esa extranjera.

— ¡Imposible! He dado mi palabra de acudir á la cita... Es cuestión de honra...

— ¡Bonito modo de entender la honra!.. ¡Bah! No cuentes conmigo.

— Es preciso que usted me ayude, y se lo suplico. Se trata de una última entrevista, de una de esas explicaciones á que no puede sustraerse un caballero.

— ¡Ah! ¿Es una despedida, una mutua devolución de cartas, como si dijéramos una liquidación?..

— Justamente, afirmó Santiago, que no veía otro medio de obtener el concurso de Lechantre, y no vaciló en cargar su conciencia con otra mentira.

— Si es para acabar tus relaciones con esa mujer, te ayudaré á salir del mal paso en que te veo; pero liquida, por Dios, hijo, liquida, y no olvides que estas aventuras con ciertas señoras acaban mal después de producir muchos sinsabores.

Volvieron juntos al salón. Teresa había logrado al fin dominarse lo suficiente para que su rostro apareciera sereno. El bueno de Lechantre, ganoso de enmendar su desacierto, procuraba dar á la conversación un giro menos peligroso, evitando todo lo relativo á las fiestas y evocando recuerdos gratos á toda la familia. Habló de Rocatallada, bromeó con Cristina acerca de los gustos sedentarios de la solterona, alegró á la madre hablándole del corral y del establo tan bien dirigidos por ella, y contó cómicas historias de la aldea, consiguiendo hacer reír á Teresa. Contestábale ésta con frivolidad y pareciale agradecerle mucho oír al maestro hablar en el *patois* del país. Su ficticio buen humor engañó completamente á Santiago, y hasta llegó á creer que su mujer había olvidado el incidente del baile de máscaras, ó á lo menos que no daba gran importancia á lo que había contado Lechantre. Recobró con esto su aplomo, y tomó parte alegremente en la conversación.

Lechantre, al despedirse de las tres señoras, dijo á Santiago con la mayor naturalidad:

— Santiaguillo, no olvidarás que el barón Herder nos ha invitado esta noche á tomar el te. Entre ocho y nueve te esperamos. Y perdonen ustedes, señoras, que esta noche me lleve á mi discípulo. Verdad es que estarán ustedes cansadas del viaje y querrán recogerse temprano.

Al pronunciar estas últimas palabras, encontró la profunda mirada de Teresa, y demasiado leal para mirar en aquel momento á la celosa, volvió la cabeza. La esposa de Santiago miraba alternativamente á su marido y al paisajista; el primero afectaba un aire distraído; el segundo evitaba evidentemente su mirada. La actitud de los dos aumentó más y más sus sospechas.

«Están de acuerdo para engañarme,» pensó. Y un frío de muerte heló en sus venas la sangre á tiempo que tendía su mano á Lechantre.

Después que salió el maestro, Cristina se puso á continuar una labor, la mamá empezó á dormir, y Teresa quedó sumida en profundas reflexiones. A pesar de las graves sospechas fundadas en la frialdad de Santiago y en las revelaciones de Lechantre, aún había momentos en que no se atrevía á creer en una traición y se negaba á considerar posible la ruina de su ventura. «¡No!, pensaba, no es posible que sea desleal é infame hasta ese extremo.» Esperaba una mirada ó una palabra de arrepentimiento de Santiago, uno de esos oportunos movimientos de ternura que llevan la confesión á los labios del culpable y obligan al perdón. Pero Santiago continuaba distraído, nervioso y taciturno. A medida que se acercaba la noche, Santiago manifestaba á pesar suyo una mal contenida impaciencia. Apenas probó la comida; la fiebre le quitaba el apetito; repenía á la criada porque traía y llevaba los platos con mucha pesadez, y á cada momento consultaba el reloj.

Nada escapaba á la perspicacia de Teresa, y su dolor era tanto más agudo cuanto más quería disimularlo.

A los postres, Santiago no pudo ya contener su impaciencia. Oyó sonar las ocho, y calculó que habría de emplear algún tiempo en ir á casa del alquilador de trajes: «¡No acaba nunca esta comida!» pensaba con enojo, y contestaba con monosílabos á las preguntas de las tres mujeres, temiendo que una respuesta explícita reanimara la conversación y tuviera que estar más tiempo en el comedor. Pero se levantó súbitamente y fué á abrazar á la mamá.

— Buenas noches, mamá, murmuró; no debo hacer esperar al barón Herder... Debéis estar muy fatigadas del tren, y las tres tendréis necesidad de dormir.

Teresa se había levantado al mismo tiempo que él, y le precedía con una bujía en la mano.

— ¿Volverás tarde?, le preguntó.

— No, creo que no, pero no puedo decirte la hora precisa... porque cuando se está en casa ajena convidado no se pertenece uno... Hasta luego, Teresa.

Cogió la mano de su mujer y la estrechó apresuradamente.

— Tu mano está helada, le dijo; bien se conoce que estás cansada... Acuéstate pronto.

Y salió.

Apenas cerró la puerta, Teresa corrió á su cuarto, cuya ventana, que había dejado abierta, daba á la calle. Vió á Santiago que se dirigía hacia el boulevard Dubouchage en dirección opuesta á la que debía haber tomado para ir al puerto.

«¡Con qué aplomo miente ya!, pensó Teresa. No, no puedo soportar esta situación de duda y de angustia... Mejor quiero saberlo todo.»

Su abrigo y su sombrero de viaje estaban todavía sobre la cama; cogió las dos prendas, se las puso, y abriendo con precaución la puerta de entrada, salió á la acera y se precipitó hacia el boulevard.

Torció la esquina Teresa y recorrió con mirada ansiosa la porción luminosa del boulevard Dubouchage, y se estremeció viendo una rápida silueta que se precipitaba en el almacén del alquilador de trajes, situado no lejos de la avenida de la estación. Adivinó más que reconoció á su marido, y resolvió esperar que saliera del almacén. En frente de éste había entre dos plátanos un banco á que daban sombra las fachadas de las casas. Teresa tomó asiento en uno de estos bancos, recatándose cuanto más podía. Novicia en esta ocupación de espía, de que se avergonzaba, sobresaltábase al más leve ruido. Imaginaba que todos los transeúntes la miraban con sospechosa ó injuriosa curiosidad, y temblaba que algún buscador de aventuras, alentado por la obscuridad, cayera en la tentación de dirigirse á ella. Pasó un cuarto de hora, un cuarto de hora de angustia, y al fin se abrió la puerta del almacén, y á merced de la luz interior, Teresa vió salir un dominó blanco, y ya no pudo tener la menor duda de la triste realidad de sus sospechas. Santiago no había tenido siquiera la precaución de ponerse la careta; estuvo un momento en el escalón del almacén, cubrióse la cabeza con el capuchón, y luego echó á andar en dirección á la plaza Massena. A pesar de la angustia que oprimía su corazón, Teresa hizo un esfuerzo sobre sí misma y le siguió.

Santiago iba ligero sin sospechar el espionaje de que era objeto. Atravesó la plaza por donde iban y venían muchas máscaras, y no anduvo despacio hasta llegar al ángulo del puente y del muelle. A cierta distancia, detrás de él, se deslizaba la sombra negra de Teresa, arrimada prudentemente al muro. Cuando Santiago llegó al jardín de los Phoceos, estuvo indeciso un momento, como quien espera con impaciencia. Teresa aprovechó la circunstancia de estar su marico vuelto de espaldas para deslizarse entre los macizos del jardín, y allí, invisible, pero pudiendo fácilmente distinguir lo que hacía aquél, esperó á su vez. La soledad y el silencio del jardín contrastaban con los alegres rumores de la calle de San Francisco de Paula. Oíanse las voces de las máscaras y el estrépito de las charangas. Dieron las nueve. Resonó en el puente el trote de dos caballos, y Teresa vió llegar un carruaje enteramente cubierto de blanco que vino á detenerse en el muelle. Al mismo tiempo vió á Santiago correr hacia el misterioso coche. Blanca sobre el fondo blanco del *landau* una mujer que venía muellemente recostada, se incorporó, y llamó al lacayo, que también vestía dominó; éste bajó de un salto, abrió la portezuela, y Santiago saltó al interior del coche y se sentó al lado de la elegante enmascarada. El lacayo volvió ligeramente á su sitio, y al paso encaminóse el carruaje á la calle de San Francisco de Paula, mientras Teresa, cuyas rodillas se doblaban, caía consternada sobre uno de los bancos del jardín.

¿Era posible?... ¡A los quince meses de casado! Ya no eran vagas sospechas de infidelidad; era evidente la traición del hombre en quien había concentrado religiosamente toda su confianza, toda su ternura!.. ¡Y en las más humillantes circunstancias!.. ¡Retorcíase las manos heladas, y quería hacerse daño, como si el dolor físico pudiera atenuar el inmenso dolor de su corazón!.. Creía ser víctima de una horrible pesadilla; pero no, no era sueño su desventura. Teresa

vivía en plena realidad, una realidad brutal. Entre los rumores de la fiesta carnavalesca oía todavía el trote de los caballos que arrastraban el coche de la baronesa Liebling en dirección al Corso, y el roce de las ruedas sobre la arena repercutía en su cerebro dolorido. Hubiera podido sorprender allí mismo á los culpables... ¿Para qué? Ya había visto bastante para que no le quedase ninguna duda. Su desventura era cierta, inmensa, irreparable... Teresa se acordó de que había salido sin saberlo su suegra y su cuñada; no podía dejarlas solas más tiempo. No quería que la señora Moret y Cristina sospechasen lo que pasaba; para la primera hubiera sido un golpe horrible y para la segunda una satisfacción. Teresa recobraba toda su energía ante la idea de lo que podría suceder si la señora Moret llegara á conocer la conducta de su hijo. No; esta inmensa desgracia sería para ella sola. Su deber la obligaba á evitar un escándalo que mataría á aquella excelente mujer que á ella la amaba como á hija propia, y creía ciegamente en su hijo como en Dios. Teresa tendría una explicación con Santiago solamente; y entre los dos buscarían una solución que evitara toda pena á la vieja, sin perjuicio de la dignidad de la ofendida esposa. Y precipitadamente, con la muerte en el corazón, en medio de la bulliciosa fiesta, Teresa volvió á la calle Carabacel por el camino más corto.

Entretanto el *landau* de la señora Liebling bajaba lentamente la cuesta de la calle de San Francisco de Paula.

— Ya ve usted, murmuró Mania, contestando al febril apretón de mano de Santiago, ya ve usted cómo he cumplido mi palabra... Pero, ¿qué veo?... ¿No trae usted careta?... ¿Sí?... Pues póngasela usted, hombre de Dios.

— ¿Tiene usted miedo de que la vean conmigo?, preguntó el artista, poniéndose el antifaz.

— No por cierto. Sepa usted que el *¿qué dirán?* me ha sido siempre indiferente. He aconsejado á usted que se ponga el antifaz por interés de usted mismo. ¿Le parecería á usted bien que los periódicos de Niza publicasen mañana que esta noche paseaba usted conmigo en mi carruaje?... Debería usted darme gracias por mi buena intención. Así le evito á usted, si no remordimientos, á lo menos reconvenções... legítimas de una persona querida y que tiene derechos sobre usted.

Mientras hablaba Mania en el tono semi-burlón y semi-serio que le era familiar, Santiago se encogía de hombros y se mordía los labios. En aquel momento, la alusión directa á sus deberes de marido le contrariaba muchísimo, removiendo sus enojosos escrúpulos.

El carruaje entró en la fila en el paseo; la luna aún no había aparecido, y bajo un cielo tachonado de estrellas las tribunas estaban envueltas en una sombra crepuscular. El fondo de la plaza parecía un lago negro en el que se agitaban confusas masas. Entre las gradas de las tribunas circulaban vendedores de *moccoletti*, ofreciendo sus paquetitos de velillas adornadas de colores. Los *moccoletti* interrumpían la obscuridad con sus lucecillas que se encendían y se apagaban y se volvían á encender. Allá abajo, una multitud de *pierrrots* saltaban en medio de la pista, donde alternaban dos orquestas. En la penumbra coches llenos de máscaras, silenciosas como fantasmas, desfilaban cubiertos de blanco, con linternas blancas, decoradas caprichosamente. Uno de los coches ostentaba guirnalda de originales flores de almendro; otro parecía una cuna forrada de muselina y contenía unas cuantas nodrizas con sus *bebés*; otro, en fin, forrado de pieles contenía varias máscaras, cubiertas también de pieles blancas. El *landau* de Mania, forrado de *peluche*, estaba cubierto de violetas y jazmines blancos, y en medio, como en un gran cesto de flores, surgía la baronesa, llevando en la cabeza una graciosa gorra de piel de cisne, envuelta en un hermoso abrigo de piel de cabra del Thibet, forrado de seda blanca, traje caprichosísimo, de gusto escandinavo.

Las máscaras de los coches y los dominós de las tribunas se lanzaban bolas de papel, que en el aire se deshacían en múltiples papelitos blancos, ofreciendo un singularísimo espectáculo. Los movimientos de las máscaras blancas que se agrupaban al paso de los carruajes semejaban una danza fantástica, bajo la luz tenue de la luna y en medio de los miles de lucecillas de los *moccoletti*. Poco á poco Santiago se dejó dominar por aquella voluptuosa fantasmagoría. El aspecto de aquellas figuras blancas, las luces, la cadenciosa música de los valses le producían sensaciones desconocidas... En medio de aquel agrupamiento de fantasmas blancos, parecía asistir á la resurrección de las horas de la juventud, de que él no había gozado; los placeres adivinados á los veinte años, ardientemente codiciados y que él no había disfrutado, aparecían súbitamente al alcance de su mano, como evocados por la varita mágica de una hada y fácilmente realizables. Sentía, en medio de las flores, el tibio contacto del cuerpo de Mania. A la fugaz claridad de los *moccoletti* distinguía el resplandor de sus ojos luminosos y la sonrisa de sus labios. No se atrevía á hablar como si temiera que todo aquel delicioso sueño se desvaneciera al sonido de su voz; pero su mano había buscado la de la baronesa y no la soltaba.

Bajo el influjo también de la encantadora novedad del espectáculo, aturdida por el lento ir y venir de los fantasmas blancos, contenta de saborear un placer desconocido, la señora Liebling no retiraba su mano.

— Gracias, murmuró Santiago muy emocionado.

Rápidamente la hechicera le tocó con suavidad en los labios con el abanico de plumas blancas.

— No hable usted ahora, murmuró Mania, que no quiero perder este delicioso encanto.

Olvidaba ella misma en aquel momento su escepticismo en amor y sentíase dulcemente inclinada á enternecerse; pero no había cedido en su aversión á las frases sentimentales. Las declaraciones, siempre iguales, en que los enamorados traducen sus sentimientos, habíanle parecido siempre *banales* y ridículas, y en medio de aquella fantástica fiesta del Corso, quería Mania no ver ni oír nada vulgar, nada que interrumpiera el placer insólito, dulce y profundo que experimentaba. Hallábase en esa disposición de ánimo en que la mujer se siente hondamente conmovida, y un amante no tiene mejor y más eficaz auxiliar que el silencio. En aquel momento, sin que Santiago lo sospechara, bajo aquella luz lánguida, en medio de aquel ambiente dulce y misterioso, el corazón de la baronesa se inclinaba amorosamente al pintor. La gran dama encorajábase mentalmente á su enamorado; cerrábase sus ojos, helábase sus labios, experimentaba un dulce estremecimiento de todo su ser.

Después de haber dado dos vueltas á la pista el *landau* se confundía con los demás coches, atravesando por en medio de los grupos de fantasmas blancos, que allí presentaban un aspecto más extraño, iluminados por la deslumbradora fosforescencia de la luz eléctrica. Los rayos incandescentes atravesaban en toda

su longitud la calle de San Francisco de Paula y bañaban en una claridad de plata en fusión la lenta procesión de los carruajes. Bajo aquella claridad metálica y vibrante las gallardas mujeres envueltas en blancos capuchones, los dominós de los hombres y los *pierrrots* enharinados semejaban desfile de los personajes de la *Comedia del arte*. Experimentábase ante aquel espectáculo una impresión á la vez dulce y sensual, parecida á la que producen las comedias de Musset ó las melodías de Mozart. Involuntariamente Santiago recordó la representación de *Don Juan*; reprodujose en su imaginación la bizarría, la elegancia, la hermosura de Mania entrando en su palco en el momento en que Faure y la Ludkoff cantaban *La ci darem la mano*. Pasaba el *landau* por delante del teatro municipal de la Opera, y Santiago dijo al oído de Mania:

— Ahí la vi á usted por primera vez. ¡Qué hermosa! ¡Qué seductora estaba usted, y qué armonía tan singular advertí entre la hermosura de usted y el dúo de Zerlina y D. Juan!.. ¡Oh! Siempre que oiga la música de Mozart la verá á usted sublimemente bella, como la vi en aquel momento.

La intensidad de la luz iluminándolo todo, como en pleno día, había hecho despertar á Mania de su sueño. Soltóse de la mano del pintor y suspiró:

— ¡Ah, *Don Juan!*.. Esa música sublime es la imagen de la vida; el trío de las máscaras, la canción de Zerlina, la serenata, luego la llegada del Comendador en medio del baile, los dominós y los músicos que huyen medrosos, el seductor que se hunde y finalmente el telón que cae!..

Sonrióse irónicamente, y mirando fijamente á Santiago añadió:

— También aquí acaba la fiesta y llega el momento de las despedidas.

El coche, en aquel punto, después de haber subido la calle, desembocaba en el muelle casi desierto.

Santiago se estremeció, y cogiendo súbitamente el brazo de Mania, suplicó:

— No, no nos separemos todavía. Concédame usted una hora siquiera... ¡Si aún no hemos hablado nada!

— El silencio es oro, interrumpió Mania, moviendo graciosamente la cabeza. Pero sea, concedo; pasaremos todavía una hora, puesto que tiene usted ese capricho, y hablemos razonablemente como dos buenos amigos. ¿Adónde quiere usted ir?.. Ya no volveremos al Corso; no hay necesidad de soñar dos veces lo mismo.

— Iremos adonde usted quiera, respondió Santiago; poco me importa; lo que me importa es estar cerca de usted.

— Bautista, dijo Mania al cochero, llévanos por el camino de Villafranca.

El cochero dirigió los caballos hacia la plaza de Garibaldi. Mania se había envuelto en su abrigo y quitado la careta.

— ¡Qué hermosa!, murmuró Santiago, quitándose también el antifaz, y contemplando á la baronesa como en éxtasis.

— Por favor, dijo ésta, nada de requiebros, ó me vuelvo á casa... Hábleme usted de usted mismo, de su pintura, de sus estudios. Esto me interesará más que el piropeo á la francesa.

Y comenzando ella misma la conversación, le interrogó curiosamente sobre su infancia, sobre su pueblo y sus años de estudios en París. Santiago, desencantado por este capricho que le impedía entregarse á las tiernas efusiones que había soñado, contestó al principio lacónicamente, y después, poco á poco aguijado por las reflexiones espiritualmente sugestivas que Mania intercalaba entre sus preguntas, le animó y contestó elocuentemente sobre todo lo que la hechicera le preguntaba. Detalló sus primeras impresiones ante la naturaleza, y sus alegrías y sus melancolías cuando estudiaba en medio del campo ó en el taller de Lechantre. Expuso su manera especial de entender el arte, sus esfuerzos para interpretar la verdad en absoluto, y enumeró sus proyectos de cuadros. Quería en una serie de grandes lienzos pintar realmente la vida del campo: la siega del heno, la recolección, la siembra, los amores de los campesinos, el entierro de una jovencita...

Y mientras hablaba brillaban sus ojos, su frente se iluminaba, y los irregulares rasgos de su fisonomía tomaban una original expresión de belleza intelectual; y Mania, inclinada hacia él, oía con profundo interés las confidencias de aquel hombre, alma de artista, entusiasta, sencillo, cándido. Aquella refinada mujer del gran mundo saboreaba con emoción la franqueza salvaje, la sinceridad absoluta de un espíritu maravillosamente dotado. Oyendo al pintor describir con amor el campo en que nació embalsamado de flores aromáticas, exhalando acariciado por el sol el incomparable olor de la tierra, reproducíanse en ella misma las sensaciones de su propia infancia en medio de las llanuras de su país y humedecíanse sus ojos... Y así, mientras á Santiago le contrariaba el giro que, á su pesar, había dado á la conversación su hechicera interlocutora, ésta sentíase más interesada por él que si le hubiera escuchado la más ardiente de las declaraciones.

Durante esta primera parte de la conversación, el *landau* bajaba por la calle Segurane y atravesaba el puerto, cuyas luces rojas y amarillas brillaban en la obscuridad. Distinguíase confusamente un apiñamiento de mástiles, vergas y chimeneas. Todas estas líneas negras surgían de la sombra y se cruzaban destacándose en medio del celaje más claro. Los caballos subían la cuesta de Montborón, bordeada de jardines y de villas. Cuando llegó el coche á lo alto, la luna apareció detrás de Mont-Gras, é iluminó con su tibia luz las siluetas de la costa hasta la isleta del cabo Ferrato. El mar estaba en completa calma; no se sentía ni una ráfaga de viento. Reinaba un silencio absoluto en el camino solitario, y una brisa aromática embalsamaba la atmósfera transparente.

— Sí, ciertamente, continuó Santiago, amo la pintura, que me ha dado grandes satisfacciones y alegrías; pero ninguna es comparable á la que experimento en este instante, bajo este hermoso cielo, en esta noche deliciosa cerca de usted... tan cerca que trastornan mi cerebro esas tuberosas que lleva usted en el pecho.

Y al mismo tiempo con un movimiento tan rápido como atrevido se apoderó de las flores, las llevó á sus labios y las guardó luego.

— Vuelve usted á su enfadosa manía de enamorarse á la francesa, dijo la baronesa, frunciendo las cejas: no puede usted, por lo visto, hablar con una mujer media hora sin abrumentarla con enojosas galanterías y sin cometer alguna inconveniencia.

— Es que estoy loco, es que esos ojos me embriagan como un licor muy fuerte.

— Lo siento, replicó gravemente Mania, y le aconsejó á usted que no beba ese licor.

— ¿Y por qué?, preguntó el pintor impetuosamente.

(Continuará)

PÁGINAS DE LA AUTOBIOGRAFÍA

DE SALVINI

(Continuación)

Después de habernos abandonado la Ristori permanecí con mi empresario Domeniconi dos años más, y durante este tiempo me ocupé en leer obras



La Ristori en el papel de María Estuardo

de Shakespeare, y aunque Voltaire me pareció más aceptable que el gran poeta inglés, no quise fijar mi concepción, juzgando que sería mejor esperar algunos meses para recibir nuevas impresiones. Era mi objeto formar un repertorio de partes especiales tan minuciosamente estudiadas y redondeadas, que por medio de ellas me fuese dado alcanzar cierta reputación; pero como mi trabajo de actor no me permitía estudiar seriamente, como deseaba, la filosofía y la psicología de mi arte, resolví no contraer compromiso alguno para el año siguiente de 1853 y vivir tranquilo en Florencia con mis parientes.

Otra vez volvieron á caer entre mis manos las obras de Shakespeare, y á decir verdad, en esta segunda lectura me parecieron sus caracteres y su forma tan extravagantes, que aún vacilé en ocuparme de ellas; pero la impresión que recibí fué tan profunda, que mi pensamiento se fijaba con obstinación en el triste y melancólico Hámlet y, en el leal y generoso Oteló. Entonces me propuse estudiar al año siguiente tan sólo tres papeles: los de Saúl y Oteló en las tragedias de Alfieri y Shakespeare, y Orosmane en la de Voltaire.

Terminada con el carnaval de 1853 mi contrata con Domeniconi en Bolonia, regresé á Florencia, proponiéndome observar allí una vida muy arreglada y distribuyendo metódicamente mis horas para el estudio y recreo.

Siempre me congratularé de mi resolución de no trabajar en el teatro aquel año, porque así tuve tiempo de reflexionar, hacer comparaciones y entregarme al examen de mis propios defectos. En mi asidua lectura de los clásicos, para mí tenían la mayor importancia, entre los griegos, las nobles figuras de Héctor, Aquiles, Teseo y Edipo; entre los escoceses,

Trenmor, Fingal y Cuchullin, y entre los romanos, César, Bruto, Tito y Catón. Esos caracteres me inclinaron hacia un sistema algo ampuloso de gesticulación; y mi deseo de penetrar en las concepciones de los autores, indújome á menudo á exagerar las modulaciones de mi voz, olvidando que el abuso de este esfuerzo me conduciría casi al canto. Hasta que llegué á la edad madura no pude corregirme de mis defectos, que el público me toleraba en gracia del buen efecto que en conjunto le producía mi modo de representar.

El deseo de mejorar en mi arte tuvo su origen en el instintivo impulso de elevarme sobre las medianías. Por otra parte, mi manera de ser era muy propia para distinguirme en toda clase de ejercicios corporales. Así, por ejemplo, cuando quise aprender á nadar me arrojé al mar desde una altura y pronto supe tanto como deseaba; más tarde se me antojó conocer bien la esgrima y llegué á ser casi un maestro. Era tal la fuerza de mis músculos, que fácilmente levantaba con un brazo á un hombre y le colocaba sobre una mesa. En cuanto á mi carácter, debo confesar que fué siempre demasiado suspicaz.

En 1854 volví á Bolonia

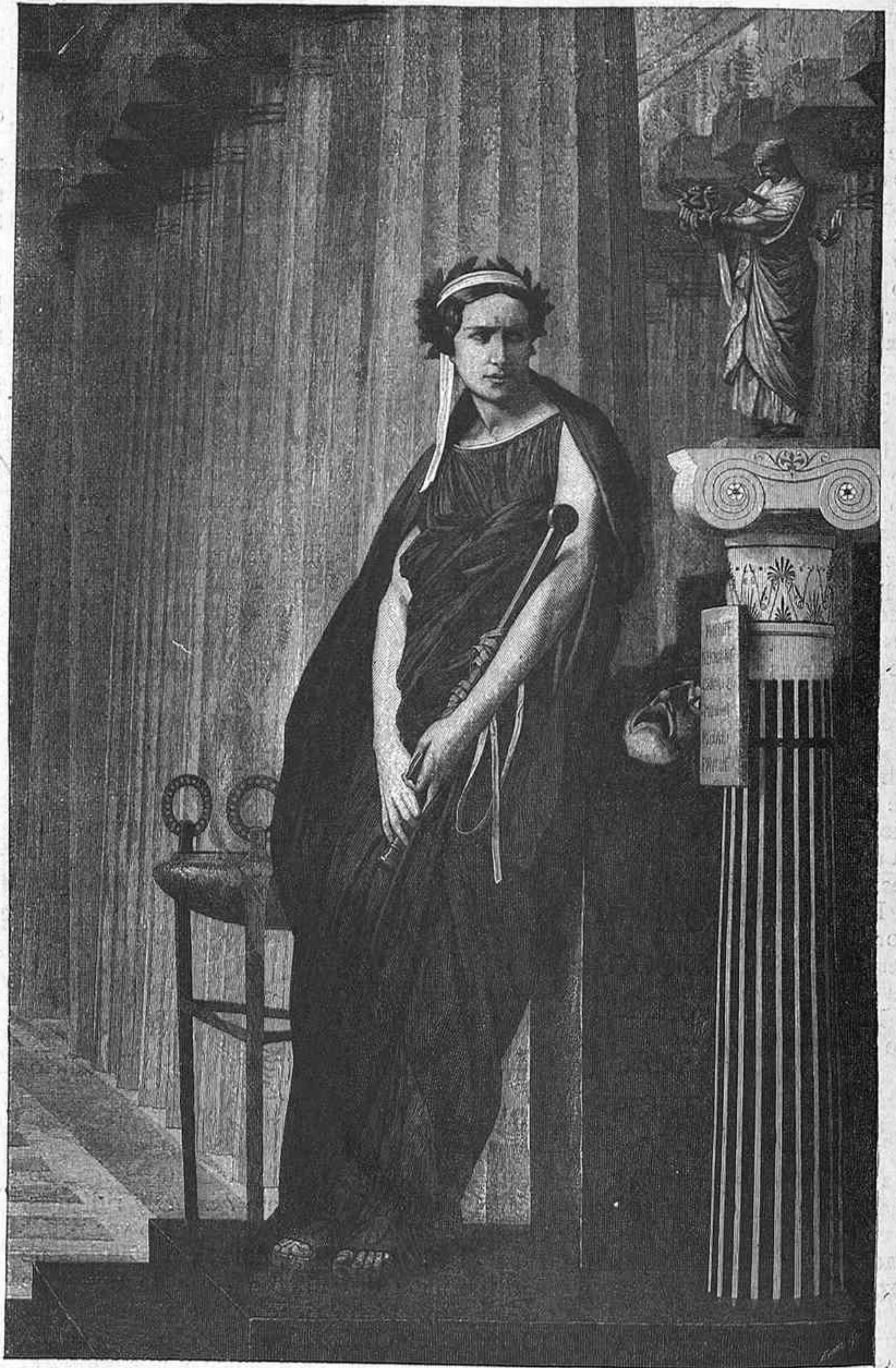
mi amigo y asociado César Dondini probar fortuna en la Sala Ventadour de París. Yo no llevaba más que mi arte, y en aquel *maremágnum* de todas las celebridades terrenales, mi capital resultaba ser algo escaso; pues aunque en París se aprecia el verdadero mérito, si no se tienen los medios de presentarle con una buena dosis de charlatanismo, el público permanece sordo y los pocos que le juzgan como es debido desaparecen en la indiferencia de la vasta mayoría. La primera noche representamos *Zaira*, de Voltaire, creyendo lisonjear con esto el orgullo nacional; pero esta producción había vivido ya su tiempo; el tipo clásico estaba en decadencia, y nuestra elección no fué aprobada. Los críticos franceses no quedaron satisfechos tampoco del *Saúl*, y dijeron que esta composición era seca, árida é incomprensible. ¡Dios los perdone! Eran incapaces de comprenderla. Como última áncora de salvación se probó el *Oteló*.

Shakespeare estaba entonces á la moda, y yo llegué á estarlo también; el público de París se conmovió y fué calurosamente aplaudido.

El éxito alcanzado en París fué conocido muy pronto en toda Italia y las proposiciones de contrata llovieron sobre Dondini. Aceptamos una para Sicilia, y aquel año obtuvimos mucha fama y no escaso provecho.

Terminada mi contrata con Dondini firmé otra con la compañía real de Fiorentini, de Nápoles, y me sería imposible citar aquí las muchas pruebas de estimación que aquel público me prodigó. Todos querían conocerme, todos buscaban mi amistad, y aquel á quien aceptaba como acompañante en el paseo ó en lugares públicos vanagloriábase de ello.

A poco de hallarme en Nápoles supe que estaba allí Módena, mi antiguo maestro: le invité á mi casa y durante el almuerzo le supliqué que fuese á ver-



La Rachel en el papel de Fedra

con la compañía Astolfi; de la cual era primera actriz Carolina Santoni; pero en dicha ciudad se había declarado el cólera, y desde dicho punto marchamos hacia Livorna. Al llegar á Pistoia, nuestro empresario, atacado de la epidemia, perdió la vida.

Un brillante cometa aparecía entonces en el horizonte artístico: era Clementina Cazzola. Al empresario César Dondini se debió el mérito de haber sacado de la obscuridad aquella preciosa joya. En 1856 tuve el gusto de representar en Vicenza el *Oteló* con aquella notable artista, que desempeñó de la manera más admirable el papel de Desdémona, y cuya muerte, acaecida en el año 1858, fué justamente deplorada por cuantos la conocieron.

Enamoréme á poco del Hámlet, y cuando hube dominado este personaje y los de Sófocles, en el drama de este título, y el de Sansón, en la tragedia de este nombre, ambos escritos para mí, propuse á

me una noche á fin de darme su parecer sobre mis adelantos y también algún consejo.

— Ya le he visto á usted, me dijo.

— ¿Dónde y cuándo?, preguntéle.

— En *Hámlet* y en *Saúl*, contestó.

Al oír esto y al saber que había ido dos veces al teatro Fiorentini, sentí una impresión como si me hubieran echado un cubo de agua en la cabeza; pero al fin me armé de valor y pregunté su opinión.

— Hela aquí, contestóme. Nadie podría desempeñar el Hámlet como usted; pero en cuanto a Saúl, mi cuarto acto es mejor; en cambio, su quinto acto es superior al mío.

En octubre de 1877 volví á dar una serie de representaciones en la Sala Ventadour, de París. Todo cuanto puse en escena mereció ruidosos aplausos, incluso la *Muerte civil*, obra que las lumbreras de la literatura, Víctor Hugo, La Pommeraye, Zola y otros elevaron hasta las nubes, así por su composición como por mi interpretación. Esta vez tuve oportunidad de conocer en París al famoso Mounet-Sully, á quien había admirado en *Hernani* y cuyos méritos artísticos me parecieron extraordinarios, aunque algo les perjudicaban las tradiciones impuestas en Francia por el Conservatorio á los actores que se dedican al género serio. Mounet-Sully me presentó á Sarah Bernhardt. Dos veces vi trabajar á esta notable actriz, la última en *La dama de las camelias*, en cuyos primeros actos me pareció llena de atractivo, no solamente por el naturalismo con que representa, sino también por su «voz de oro,» como los franceses la titulan. Sin embargo, á veces noté en ella algo de precipitación y reconocí que trataba de producir efectos mal avenidos con el carácter del personaje. Como quiera que sea, debo decir que Sarah Bernhardt posee grandes cualidades y un carácter artístico excepcional; pero tiene también notables defectos. No soy ciego á los méritos fascinadores de la excéntrica actriz y me atrevo á proclamarla como la estrella más brillante que en los últimos años se ha elevado sobre el horizonte del arte dramático; pero debo decir también que al lado del oro puro hay en ella algo de metal falso.

Otro actor de quien formé muy elevado concepto fué Coquelin, el recitador de monólogos más admirable de cuantos ha producido el presente siglo, el actor de privilegiado talento para dar vida á los personajes que interpreta, el que tiene para cada período, para cada frase modulaciones de un color artístico perfecto, el que posee preciosos auxiliares de su genio en la variedad de su voz y en la movilidad de su rostro. ¡Lástima que algunas veces desempeñe papeles poco ajustados á su modo especial de ser!

¿Qué puedo yo decir del público francés? ¿Tiene un gusto peculiar suyo, un juicio independiente? Lo dudo. Los diez, veinte ó treinta hombres de superior inteligencia, que nunca pierden una primera representación, bien sea de ópera ó drama, guían y se llevan tras sí á la gran masa del público. ¿Se habría establecido jamás en Francia la *claque*, con sus aplausos pagados, si el público tuviera opinión propia? Y en el caso de tener tal opinión, ¿la sometería al juicio de otro? Es muy cierto que si la pieza ó el autor no agrada al público, la *claque* no tiene influencia para atraerle de nuevo á ver la misma función; pero de todos modos, sirve para modificar el desagrado del auditorio. En Italia no tendría más efecto que el de aumentar la hostilidad del público contra una pieza. Nunca se puede obtener un juicio sincero, independiente y legítimo de la masa del público francés; si las treinta personas inteligentes no aprueban, la mayoría de aquél se mostrará indiferente; y lo mismo sucede con la prensa. Si los diarios elogian una pieza, influyen mucho en la opinión del público, incitando á éste á llenar el teatro, y quiera ó no, el auditorio persuádesse de que se ha divertido. Si los censores son desfavorables, el teatro permanecerá vacío; y de aquí resulta que jamás es el público quien decide, sino los treinta hombres inteligentes que dan su veredicto, y la prensa, que condena ó aplaude.

En noviembre, á poco de ocurrir la muerte de mi

esposa, suceso de cuya dolorosa impresión traté en vano de consolarme en muchos años buscando distracciones en el estudio y en la escena, empecé una excursión por el Este de Europa, visitando Trieste, Viena, Budapest, Odessa y algunas ciudades de Rumanía, cuya princesa, hoy reina Isabel, tan celebrada en el mundo literario bajo el seudónimo de Carmen Sylva, me dispensó una afectuosa acogida.

En este año llegó á Florencia el agente de un empresario de teatros de Boston, y propúsome ir á la América del Norte por segunda vez para representar en italiano juntamente con una compañía inglesa. Creí que el hombre había perdido el juicio; pero después me pude convencer varias veces de que no le faltaba, y de que nadie habría emprendido tan costoso viaje por dar una broma. Tomé, pues, en serio su proposición, y pedíle explicaciones.

— La idea es muy sencilla, contestó el agente. El público americano le favoreció á usted y á su compañía italiana cuando no se entendía allí ni una sola palabra del idioma; y el dueño del teatro del Globo en Boston cree que si representan con usted actores ingleses, será usted mejor comprendido. Los libretos se escribirán en los dos idiomas, y con ayuda de ellos el público podrá seguir á usted sin necesidad de fijarse en los demás.

— Pero ¿cómo he de arreglarme yo, repuse, no conociendo el inglés, y cómo sabrán los actores americanos cuándo han de hablar si no saben el italiano?

— No se inquiete usted por eso, contestó el agente. Nuestros actores americanos recordarán muy bien las últimas palabras de los parlamentos de usted y trabajarán con la precisión de una máquina.

— No creo que eso sea muy fácil; pero en todo caso lo sería mucho más para ellos que para mí, pues habrán de tratar conmigo solo, mientras que yo tendré que entenderme con veintitantos.

(Concluirá)

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPÉRIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y terso

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.— Precio: 12 REALES.
 Hágir en el rotulo á firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos. (Etiqueta adjunta en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs.
 En todas las Farmacias de España.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y Cia, Rcos. 102, R. Richelieu, Paris.

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
 CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordina y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloración y la Energía vital.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Jarabe de Digital de LABELONYE
 Empleado con el mejor éxito contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
ERGOTINA y Graageas de BERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyección ipodérmica. Las Graageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de Fia de Paris
 LABELONYE y Cia, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Pildoras y Jarabe DE BLANCARD
 Con loduro de Hierro inalterable.
ANEMIA COLORES PÁLIDOS RAQUITISMOS ESCROFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc.
Solucion BLANCARD Comprimidos de Exalgina
 JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS DOLORS DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR
 Exijase la Firma y el Sello de Garantia.— Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

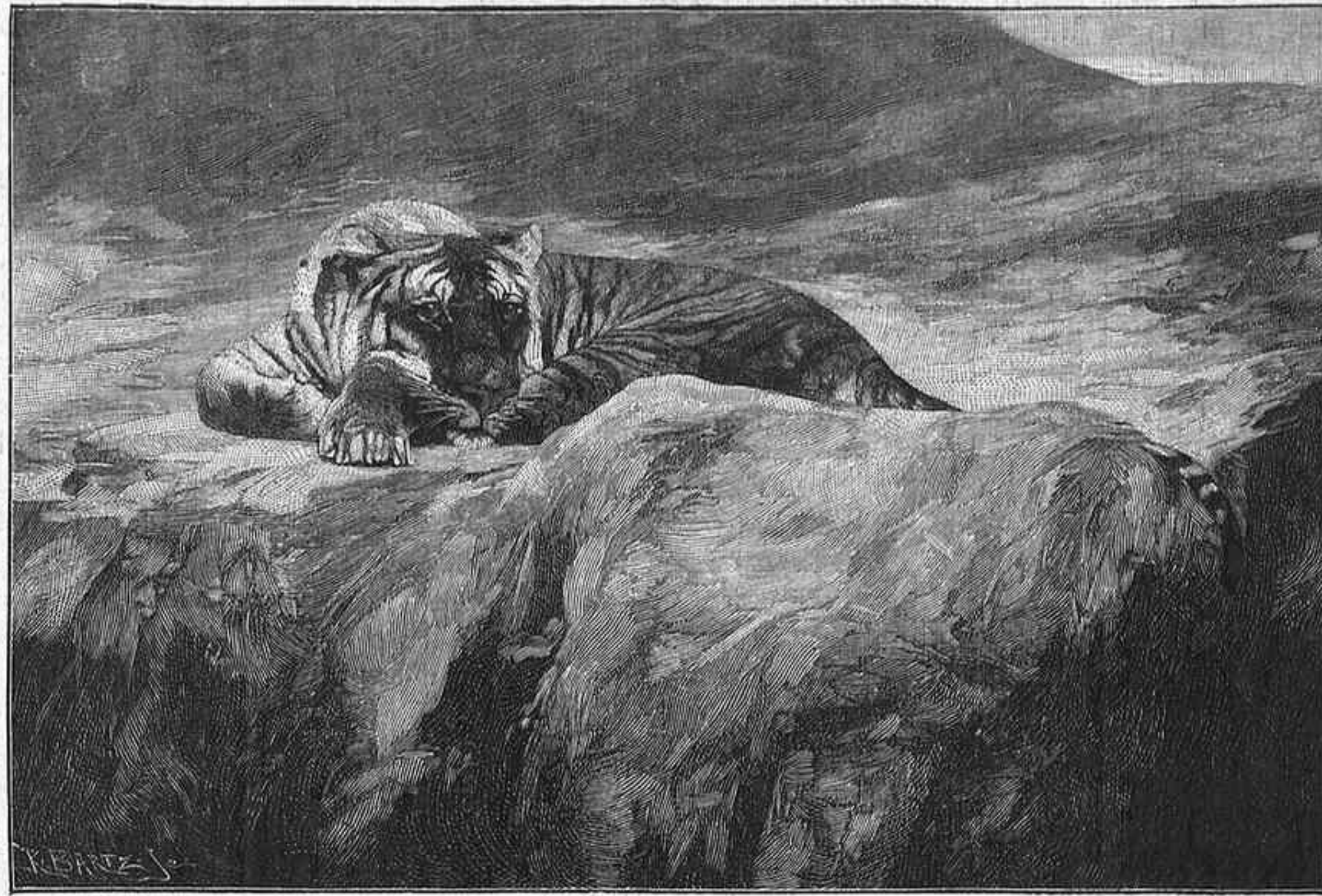
Las Personas que conocen las **PILDORAS de DEHAUT DE PARIS**
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 81, Rue de Selne.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

ATENEO BARCELONÉS. - El acta de la sesión inaugural de esta corporación correspondiente al presente año académico contiene una interesante y bien escrita reseña de la marcha del Ateneo, del secretario saliente Sr. Fiter y Cava, y el notabilísimo discurso del presidente Sr. Pella y Forgas, sobre *La crisis social. Filosofía de la historia contemporánea*, estudio de tan importante problema, hecho con la profundidad de concepto, erudición y elegancia de estilo que caracterizan á su autor, justamente reputado en el mundo de las letras por sus obras jurídicas, históricas y literarias.

LA CERÁMICA en la Exposición nacional d' Industrias Artísticas, *per Bonaventura Bassegoda.* - El Sr. Bassegoda ha publicado con muy buen acuerdo la interesantísima conferencia dada en el palacio de Bellas Artes de esta ciudad en 6 de enero de 1893. La índole de esta sección no nos permite analizar ni siquiera someramente trabajo tan notable bajo todos conceptos; nos limitaremos, pues, á recomendarlo á cuantos por la cerámica y por el arte en general se interesan como una labor importante hecha por un verdadero artista, erudito y hombre de letras.



El tigre real, cuadro de A. Heise

BOLETÍN DEL CENTRO ARTÍSTICO DE GRANADA. - La publicación de arte, letras y curiosidades granadinas de este nombre ha repartido un número extraordinario dedicado á la memoria del socio fundador del Centro D. Valentín de Barrecheguren y Santaló, recientemente fallecido. Contiene interesantes artículos y notables grabados, algunos reproducción de cuadros de aquel notable pintor granadino.

LA ESPAÑA MODERNA. - Contiene el último número de esta importante revista notables trabajos de doña Emilia Pardo Bazán y de los Sres. Echegaray, Menéndez Pelayo, José M.^a Asensio, Eduardo Ibarra, César Silió, W. Gladstone, Castellar y Villegas.

CUENTECITOS, *por Jaime L. Solá Mesire.* - El prologuista de este librito, el ilustre catedrático de Santiago D. Alfredo Brañas, dice hablando de él, que los *Cuentecitos* le parecen el boceto de un paisajista, que hay en ellos toques magistrales, lejanías bien estudiadas, efectos de luz maravillosos, al lado de indicaciones rápidas, de sombras borrosas y de contornos vagos no bien definidos. Hacemos nuestro este juicio y, como el Sr. Brañas, auguramos al joven autor de *Cuentecitos* un lisonjero porvenir literario.

Véndese el libro en Vigo al precio de una peseta.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Especidiones: **J.-P. LAROZE** 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *intestinos*. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.

Por mayor, en Paris, en casa de **J. FERRÉ**, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de **AROUD**.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

ELIXIR DE PROTOCLORURO

DE HIERRO
CON HIPOFOSFITOS

DE **VIVAS PEREZ**

La medicación más poderosa que puede emplearse en la curación de las afecciones CLORÓTICAS, ESCROFULOSAS y TUBERCULOSAS (colores pálidos, tumores fríos, menstruaciones difíciles, pérdidas blancas) ANEMIA.

El mejor fortificante para los temperamentos linfáticos, débiles y empobrecidos.

De venta en todas las farmacias del mundo.

Depósito general: Almería, Farmacia de **VIVAS PEREZ**

APIOL

de los D^{tes} JORET & HOMOLLE

El APIOL cura los dolores, retrasos, suprasiones de las EPOCAS, así como las pérdidas. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, unico eficaz, es el de los inventores, los D^{tes} JORET y HOMOLLE.

MEDALLAS Exp^{tes} Univ^{tes} LONDRES 1862 - PARIS 1889
Far^{ma} BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^{OR} CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE
ELIXIR . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS . de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie **COLLAS**, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eruotos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de **J. FAYARD**.
Adh. **DETHAN**, Farmaceutico en PARIS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias

El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores **Laennec**, **Thénard**, **Guersant**, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN